

HERALDOS DEL EVANGELIO

Asociación Internacional de Derecho Pontificio

Número 121
Agosto 2013

En el corazón de África



Salvadme Reina

Conocer el bien y no practicarlo

Una indigestión o una mala asimilación producen malos ácidos, perjudica al organismo, no alimenta. De la misma manera, el exceso de sabiduría empacha el estómago del alma, que es la memoria, si no es bien digerida por el ardor de la caridad, y si no se digieren y transfunden por esos miembros del alma que son los hábitos y las obras. Así asimilará la bondad que conoce encarnándola en su vida y su conducta. De lo contrario, esa ciencia se anotará como pecado, como todo alimento que se transforma en secreciones malas y nocivas. ¿Acaso el pecado no es una mala secreción? ¿Acaso las costumbres deshonestas no son malos ácidos? ¿Podrá tolerar la hinchazón y los olores en su conciencia, quien conoce el bien y no lo practica? ¿No percibirá en sí mismo el eco de la muerte y de la condenación cuantas veces recuerde lo que dijo Dios: “El criado que, conociendo la voluntad de su señor, no se prepara ni obra de acuerdo con su voluntad, recibirá muchos azotes (Lc 12, 47)?”

San Bernardo. Sermones sobre el Cantar de los Cantares. Sermón XXXVI, n.º 4.

“San Bernardo” por
Philippe Quantin
Museo de Bellas Artes,
Dijon (Francia)



Salvadme Reina

Periódico de la Asociación Cultural
Salvadme Reina de Fátima

Año XI, número 121, Agosto 2013

Director Responsable:

D. Eduardo Caballero Baza, EP

Consejo de Redacción:

Guy de Ridder, Hna. Juliane Campos, EP,
Luis Alberto Blanco, M. Mariana Morazzani, EP,
Severiano Antonio de Oliveira

Administración:

C/ Cinca, 17

28002 – Madrid

R.N.A., Nº 164.671

Dep. Legal: M-40.836- 1999

Tel. sede operativa 902 199 044

Fax: 902 199 046

www.salvadmereina.org
correo@salvadmereina.org

Con la Colaboración de la
Asociación Internacional Privada
de Fieles de Derecho Pontificio

HERALDOS DEL EVANGELIO

www.heraldos.org

Montaje:

Equipo de artes gráficas
de los Heraldos del Evangelio

Imprime:

Biblos Impresores, S.L. - Madrid

Los artículos de esta revista podrán
ser reproducidos, indicando su fuente y
enviando una copia a la redacción.
El contenido de los artículos es responsabilidad
de los respectivos autores.

SUMARIO

Escriben los lectores 4



San Juan Berchmans –
Ser santo...
en poco tiempo

32

¿Quién necesita al Médico? (Editorial) 5



La voz del Papa –
Dios nos convoca
a formar parte de su pueblo

6



Lucília Ribeiro dos Santos
Corrêa de Oliveira –
“Queremos las historias
de tía Lucília...”

36



Comentario al Evangelio –
La tentación
de la “limbolatría”

10



La palabra de los Pastores –
Tradición y comunión
eclesial

38



Creo en la comunión
de los santos

18



Sucedió en la Iglesia
y en el mundo

40



Dos semanas de misión
en el corazón de África

24



Historia para niños...
El tesoro más precioso

46



Los santos de cada día

48



Heraldos en el mundo

28



Un Padre que
también es Rey

50

ESCRIBEN LOS LECTORES



ARTÍCULO SOBRE SAN MARCELINO CHAMPAGNAT

Les escribimos para congratularnos por su revista *Heraldos del Evangelio*, tan bellamente presentada con excelentes artículos, bien documentados, con doctrina bíblica, histórica y eclesial. También queremos felicitar a sus colaboradores, que están a gran nivel y de modo especial el artículo sobre San Marcelino Champagnat, *Modelo para padres y educadores*. Demuestran conocer perfectamente su biografía, escrita por uno de sus primeros discípulos, y la esencia de la pedagogía marista. Deseamos que sigan siempre en esta línea.

Rosario Domínguez Waldí y
Ramiro Monterde Elías
Alcalá de Henares — España

TRANSFORMA LO DIFÍCIL EN LIGERO Y ACCESIBLE

Me gusta enormemente la revista *Heraldos del Evangelio* por su contenido profundo y elevado, así como su presentación gráfica, que es de primera calidad y de mucha belleza. Pero me agradan especialmente los artículos de Mons. João S. Clá Dias, quien tiene el don de transformar lo difícil en accesible, claro y ligero.

Elza María Barbosa Soares
Belém — Brasil

PARA MAYORES, JÓVENES Y NIÑOS

Es muy enriquecedor recibir la revista cada mes, ya que en ella se encuentran temas muy interesantes que me permiten evangelizar a los niños, jóvenes y personas mayores a los que he de dar ejemplo y muestras de mi compromiso de católica, en mi familia y en la comunidad. Me llamó especialmente la atención, en una de las ediciones, la belleza de la

basílica de Nuestra Señora del Rosario, del seminario de los Heraldos.

Claudia Yamile Cañón Cadena
Chíquiquirá — Colombia

POR SUS FRUTOS LOS CONOCERÉIS...

Ya lo decía el divino Maestro: “Por sus frutos los conoceréis” (Mt 7, 20). Y por el bien que veo que esta revista hace a quien la lee, podría clasificarla como una fuente de gracias. Es una publicación muy buena y me gustaría hacerle una sugerencia a la redacción: que haya alguna materia sobre las heroicas aventuras de los mártires, pues creo que atraería a muchos jóvenes.

Felipe Augusto Torres
Belo Horizonte — Brasil

ME ALEJO DE LOS PROBLEMAS DEL MUNDO

Cuando estoy triste o paso por alguna dificultad, después de hacer una oración, recorro a la revista *Heraldos del Evangelio*, porque leyendo sus artículos consigo paz y mucha esperanza, siento que me alejo de los problemas del mundo y me adentro en la vida espiritual. En mi mesita de noche nunca falta un ejemplar de la revista.

Paola Camillo de De la Cruz
Guatemala — Guatemala

BELLEZA Y CONTENIDO ESPIRITUAL

La revista *Heraldos del Evangelio* es de gran riqueza espiritual. En ella aprendemos muchas cosas para nuestra formación y podemos crecer en el amor a Dios y a nuestra Iglesia. También nos informa sobre las verdades del Vaticano y nos hace conocer la vida de los santos, a los que debemos imitar para llegar un día a la santidad, nuestra meta. Los artículos de Mons. João S. Clá Dias, buenisimos y variados, alimentan nuestra alma y nos ayudan a crecer en la fe.

Myriam Lacayo
San José — Costa Rica

VIDA DE LOS SANTOS Y EVANGELIZACIÓN

Deseo que la Santísima Virgen siga bendiciendo a los Heraldos y su revista en la que se puede admirar las materias, la belleza de su presentación y estar actualizado con los hechos ocurridos en la Iglesia. Las secciones que más me encantan son las que hablan de la vida de los santos y de la evangelización que lleva a cabo esta asociación, en Brasil y en el mundo.

Simón Pedro Rodrigues
Fortaleza — Brasil

TEMAS ATRAYENTES

Es realmente muy buena esta publicación. Siempre me la llevo para el interior [del Estado] de Bahía, donde es de mucha utilidad para los integrantes de la Legión de María, de la cual formo parte, porque sus temas —todos muy interesantes y atrayentes— nos permiten desarrollar varios trabajos.

José Adolfo Ferreira Filho
Salvador de Bahía — Brasil

DEL INSTITUTO TECNOLÓGICO DON BOSCO

Muchísimas gracias por enviar su revista al Intec Don Bosco. Nos está sirviendo bastante para las clases de formación tanto en el Bachillerato como en el Oratorio.

Mno. Jorge Barrera Hurtado, SDB
Saltillo — México

COMPARTIR LO QUE LOS HERALDOS ME ENSEÑAN

En esta revista todo atrae e instruye. Pero lo que me llena de alegría, en cada número, es leer el testimonio de las personas que, como yo, aprenden y reciben gracias por medio de esta publicación. Sepan que siempre a donde vaya llevo los boletines y la revista, para compartir con todos lo que los Heraldos me enseñan.

Arminda de Almeida Bernardo
Mogi das Cruzes — Brasil

¿QUIÉN NECESITA AL MÉDICO?

Causaría una enorme sensación en el mundo si alguien demostrase que las técnicas cinematográficas ya existían en los tiempos evangélicos. Y el asombro sería aún mayor si tal afirmación fuese corroborada por un descubrimiento sin precedentes: películas auténticas de la vida de Jesús.

El maravilloso hallazgo produciría un encanto indescriptible, pero también... algunas sorpresas.

En efecto, el que se ha acostumbrado a considerar la figura del Salvador según arraigados prejuicios y puntos de vista unilaterales, quizá se sentiría desconcertado. Y podría expresar una de sus objeciones de esta manera:

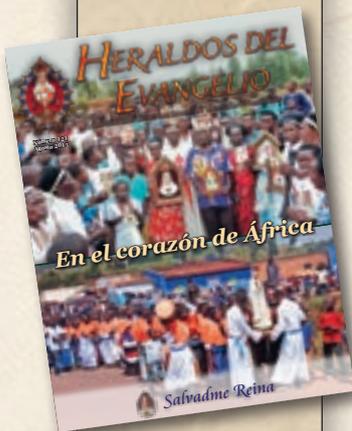
— Pero qué público heterogéneo, un auténtico universo de clases y razas desfila ante Él para beneficiarse. Ahora, por ejemplo, después de curar a un infeliz leproso, se detiene a oír con solicitud la petición de un oficial romano, símbolo vivo de la ley del más fuerte, y, encima, adinerado. ¿Y qué hace en esa mansión participando en un funeral de lujo? ¡Ah!, es la residencia de un importante personaje, donde va a resucitar a la niña que acaba de morir. Está bien, pero... ¿por qué se va a descansar en esa otra sala, tan fina y arreglada? Nuevamente, ¡es una casa de ricos! Bueno, va a cenar con tres hermanos, una familia conocida y muy visitada, que lo recibe con especial afecto, es verdad. ¡Anda, una de las hermanas ha enloquecido de repente! ¡Despilfarra el dinero con perfumes, tan sólo para agradarlo, y Él todavía sale en defensa de la trastornada! ¡Oh!, y yo que imaginaba a Jesús rodeado sólo de andrajosos, protector únicamente de los mendigos, abogado nada más que de los marginados...

— ¿Y su túnica? ¡Inconsútil, de primera categoría! Llama la atención incluso a ignorantes, como los soldados de Pilato. ¿No podría presentarse con más sencillez?

— ¿Qué decir de sus parábolas? Ninguna clase se encuentra en ellas especialmente contemplada, ni pobres ni ricos, nobles o plebeyos. Vemos a reyes que van a la guerra, pastores, viñadores, amas de casa, multimillonarios que pagan a sus empleados de manera exagerada o les perdonan deudas astronómicas, monarcas que organizan fiestas de casamientos, potentados en el infierno, vírgenes necias o prudentes...

Y así, ¡cuántas otras sorpresas causaría esa hipotética película de la vida de nuestro Salvador! Sin embargo, los Evangelios narran pormenorizadamente todos esos episodios, que revelan de modo incontestable la universalidad de la acción santificadora de Jesús. Si tuviéramos la inmensa felicidad de presenciarlos, una única actitud sería aceptable y digna de verdaderos seguidores de Cristo: caer de rodillas a sus pies y exclamar, colmados de amor y adoración:

— Señor, muy bien dijiste que “no necesitan médico los sanos, sino los enfermos” (Mc 2, 17). Enfermos de espíritu existen en todas las clases y esferas sociales. ¿Quién podría declararse sano delante de ti? Tan sólo tu Santísima Madre, porque quisiste adornarla con todas las plenitudes de la inocencia y de la santidad. Pero todos los demás imploran tus medicamentos, divino Médico de las almas. ¿Y quién osaría despreciar a los pobres y pequeños, amados por ti con tanta ternura? ¿Quién se atrevería excluir a los ricos y condenarlos como malvados, si también les ofreciste a ellos tu cariño? ¡Que ya no haya más fronteras para la caridad entre unos y otros! Tengan los ricos la alegría y la generosidad siempre renovada de ayudar a los pobres, y reciban éstos el consuelo incansable de aquellos. Queremos imitarte, Señor, en tu celo universal y en tu amor sin fronteras. ✧



Aspectos de la visita de la imagen peregrina del Inmaculado Corazón de María a Vumbi y Rango (Ruanda)

Fotos: Pascal Batagata



Dios nos convoca a formar parte de su pueblo

¿Qué misión tiene este pueblo? La de llevar al mundo la esperanza y la salvación de Dios: ser signo del amor de Dios que llama a todos a la amistad con Él.

Hoy desearía detenerme brevemente en otro de los términos con los que el Concilio Vaticano II definió a la Iglesia: “Pueblo de Dios” (cf. *Lumen gentium*, 9; *Catecismo de la Iglesia Católica*, 782). Y lo hago con algunas preguntas sobre las cuales cada uno podrá reflexionar.

¿Qué quiere decir ser “Pueblo de Dios”? Ante todo quiere decir que Dios no pertenece en modo propio a pueblo alguno; porque es Él quien nos llama, nos convoca, nos invita a formar parte de su pueblo, y esta invitación está dirigida a todos, sin distinción, porque la misericordia de Dios “quiere que todos se salven” (1 Tm 2, 4).

Somos introducidos en este pueblo a través del Bautismo

A los Apóstoles y a nosotros Jesús no nos dice que formemos un grupo exclusivo, un grupo de élite. Jesús dice: id y haced discípulos a todos los pueblos (cf. Mt 28, 19). San Pablo afirma que en el pueblo de Dios, en la Iglesia, “no hay judío y griego... porque todos vosotros sois uno en Cristo Jesús” (Ga 3, 28). Desearía decir también a quien se

siente lejano de Dios y de la Iglesia, a quien es temeroso o indiferente, a quien piensa que ya no puede cambiar: el Señor te llama también a ti a formar parte de su pueblo y lo hace con gran respeto y amor. Él nos invita a formar parte de este pueblo, pueblo de Dios.

¿Cómo se llega a ser miembros de este pueblo? No es a través del nacimiento físico, sino de un nuevo nacimiento. En el Evangelio, Jesús dice a Nicodemo que es necesario nacer de lo alto, del agua y del Espíritu para entrar en el Reino de Dios (cf. Jn 3, 3-5). Somos introducidos en este pueblo a través del Bautismo, a través de la fe en Cristo, don de Dios que se debe alimentar y hacer crecer en toda nuestra vida. Preguntémosnos: ¿cómo hago crecer la fe que recibí en mi Bautismo? ¿Cómo hago crecer esta fe que yo recibí y que el pueblo de Dios posee?

Cuán hermoso es amarnos como hermanos auténticos

La otra pregunta. ¿Cuál es la ley del pueblo de Dios? Es la ley del amor, amor a Dios y amor al prójimo según el mandamiento nuevo que nos dejó el Señor (cf. Jn 13, 34). Un amor, sin embargo, que no

es estéril sentimentalismo o algo vago, sino que es reconocer a Dios como único Señor de la vida y, al mismo tiempo, acoger al otro como verdadero hermano, superando divisiones, rivalidades, incomprendiones, egoísmos; las dos cosas van juntas.

¡Cuánto camino debemos recorrer aún para vivir en concreto esta nueva ley, la ley del Espíritu Santo que actúa en nosotros, la ley de la caridad, del amor! Cuando vemos en los periódicos o en la televisión tantas guerras entre cristianos, pero ¿cómo puede suceder esto? En el seno del pueblo de Dios, ¡cuántas guerras! En los barrios, en los lugares de trabajo, ¡cuántas guerras por envidia y celos! Incluso en la familia misma, ¡cuántas guerras internas!

Nosotros debemos pedir al Señor que nos haga comprender bien esta ley del amor. Cuán hermoso es amarnos los unos a los otros como hermanos auténticos. ¡Qué hermoso es! Hoy hagamos una cosa: tal vez todos tenemos simpatías y no simpatías; tal vez muchos de nosotros están un poco enfadados con alguien; entonces digamos al Señor: Señor, yo estoy enfadado con este o con esta; te pido por él o por ella. Rezar por aquellos con quienes estamos



“Basta con abrir un periódico, vemos que la presencia del mal existe, que el diablo actúa. Pero quisiera decir en voz alta: ¡Dios es más fuerte!”

El Papa Francisco recorre en papamóvil la Plaza de San Pedro antes de la Audiencia General del 12 de junio

enfadados es un buen paso en esta ley del amor. ¿Lo hacemos? ¡Hagámoslo hoy!

El diablo actúa, pero ¡Dios es más fuerte!

¿Qué misión tiene este pueblo? La de llevar al mundo la esperanza y la salvación de Dios: ser signo del amor de Dios que llama a todos a la amistad con Él; ser levadura que hace fermentar toda la masa, sal que da sabor y preserva de la corrupción, ser una luz que ilumina.

En nuestro entorno, basta con abrir un periódico —como dije—, vemos que la presencia del mal existe, que el diablo actúa. Pero quisiera decir en voz alta: ¡Dios es más fuerte! Vosotros, ¿creéis esto: que Dios es más fuerte? Pero lo decimos juntos, lo decimos todos juntos: ¡Dios es más fuerte! Y, ¿sabéis por qué es más fuerte? Porque Él es el Señor, el único Señor. Y desearía añadir que la realidad a veces oscura,

marcada por el mal, puede cambiar si nosotros, los primeros, llevamos a ella la luz del Evangelio sobre todo con nuestra vida.

Si en un estadio —pensemos aquí en Roma en el Olímpico, o en el de San Lorenzo en Buenos Aires—, en una noche oscura, una persona enciende una luz, se vislumbra apenas; pero si los más de setenta mil espectadores encienden cada uno la propia luz, el estadio se ilumina. Hagamos que nuestra vida sea una luz de Cristo; juntos llevaremos la luz del Evangelio a toda la realidad.

Debemos ser el fermento de Dios

¿Cuál es la finalidad de este pueblo? El fin es el Reino de Dios, iniciado en la tierra por Dios mismo y que debe ser ampliado hasta su realización, cuando venga Cristo, nuestra vida (cf. *Lumen gentium*, 9). El fin, entonces, es la comunión plena con el Señor, la familiaridad con el Señor, entrar en su misma vida divi-

na, donde viviremos la alegría de su amor sin medida, un gozo pleno.

Queridos hermanos y hermanas, ser Iglesia, ser pueblo de Dios, según el gran designio de amor del Padre, quiere decir ser el fermento de Dios en esta humanidad nuestra, quiere decir anunciar y llevar la salvación de Dios a este mundo nuestro, que a menudo está desorientado, necesitado de tener respuestas que alienten, que donen esperanza y nuevo vigor en el camino.

Que la Iglesia sea espacio de la misericordia y de la esperanza de Dios, donde cada uno se sienta acogido, amado, perdonado y alentado a vivir según la vida buena del Evangelio. Y para hacer sentir al otro acogido, amado, perdonado y alentado, la Iglesia debe tener las puertas abiertas para que todos puedan entrar. Y nosotros debemos salir por esas puertas y anunciar el Evangelio.

Audiencia General, 12/6/2013

Aprender a ser magnánimos

Para ser magnánimos con libertad interior y espíritu de servicio es necesaria la formación espiritual. Vosotros seréis felices y construiréis bien vuestra vida si sabréis responder a la llamada de Cristo.

iQ ueridos muchachos, queridos jóvenes!

Estoy contento de recibirlos con vuestras familias, profesores y amigos de la gran familia de las escuelas de los jesuitas italianos y de Albania. A todos vosotros, mi afectuoso saludo: ¡bienvenidos! Con todos vosotros me siento verdaderamente “en familia”. Y es motivo de especial alegría la coincidencia de este encuentro nuestro con la solemnidad del Sagrado Corazón de Jesús.

Desearía deciros, ante todo, una cosa que se refiere a San Ignacio de Loyola, nuestro fundador. En otoño de 1537, de camino a Roma con el grupo de sus primeros compañeros, se interrogó: si nos preguntan quiénes somos, ¿qué responderemos? Surge espontánea la respuesta: “Diremos que somos la ‘Compañía de Jesús’” (*Fontes Narrativi Societatis Iesu*, v. 1, pp. 320-322). Un nombre comprometedor, que quería indicar una relación de estrechísima amistad, de afecto total hacia Jesús, de quien querían seguir sus huellas.

Un ambiente en el que se aprende a vivir

¿Por qué os he querido contar este hecho? Porque San Ignacio y sus compañeros habían entendido que Jesús les enseñaba cómo vivir bien, cómo realizar una existencia que tuviera un sentido profundo, que done entusiasmo, alegría y esperanza; habían comprendido que Jesús es

un gran maestro de vida y un modelo de vida, y que no sólo les enseñaba, sino que les invitaba también a seguirle por este camino.

Queridos jóvenes, si ahora os hiciera esta pregunta: ¿por qué vais a la escuela? ¿Qué me responderíais? Probablemente habría muchas respuestas según la sensibilidad de cada uno. Pero pienso que se podría resumir todo diciendo que la escuela es uno de los ambientes educativos en los que se crece para aprender a vivir, para llegar a ser hombres y mujeres adultos y maduros, capaces de caminar, de recorrer el camino de la vida.

¿Cómo os ayuda la escuela a crecer? Os ayuda no sólo en el desarrollo de vuestra inteligencia, sino para una formación integral de todos los componentes de vuestra personalidad.

Tener grandeza de ánimo para responder a lo que Dios nos pide

Siguiendo esto que nos enseña San Ignacio, el elemento principal en la escuela es aprender a ser magnánimos. La magnanimidad: esta virtud del grande y del pequeño (*Non coerceri maximo contineri minimo, divinum est*),¹ que nos hace mirar siempre al horizonte.

¿Qué quiere decir ser magnánimos? Significa tener el corazón grande, tener grandeza de ánimo, quiere decir tener grandes ideales, el deseo de realizar grandes cosas para responder a lo que Dios nos pi-

de, y precisamente por esto realizar bien las cosas de cada día, todas las acciones cotidianas, las obligaciones, los encuentros con las personas; hacer las cosas pequeñas de cada día con un corazón grande abierto a Dios y a los demás.

Es importante entonces cuidar la formación humana que tiene como fin la magnanimidad. La escuela no amplía sólo vuestra dimensión intelectual, sino también humana. Y pienso que las escuelas de los jesuitas están atentas de modo particular a desarrollar las virtudes humanas: la lealtad, el respeto, la fidelidad, el compromiso.

Sed libres para el bien y verdaderos modelos en el servicio a los demás

Desearía detenerme en dos valores fundamentales: la libertad y el servicio.

Ante todo: sed personas libres. ¿Qué es lo que quiero decir? Tal vez se piensa que la libertad es hacer todo aquello que se quiere; o bien arriesgarse en experiencias-límite para probar la exaltación y vencer el aburrimiento. Esto no es la libertad. Libertad quiere decir saber reflexionar acerca de lo que hacemos, saber valorar lo que está bien y lo que está mal, los comportamientos que nos hacen crecer; quiere decir elegir siempre el bien.

Nosotros somos libres para el bien. Y en esto no tengáis miedo de ir a contracorriente, incluso si no es



L'Osservatore Romano



“Somos libres para el bien. Y en esto no tengáis miedo de ir a contracorriente, incluso si no es fácil”

El Papa Francisco con alumnos y profesores de las escuelas de los jesuitas de Italia y Albania

fácil. Ser libres para elegir siempre el bien es fatigoso, pero os hará personas rectas, que saben afrontar la vida, personas con valentía y paciencia (*parresia e ypomoné*).

La segunda palabra es servicio. En vuestras escuelas participáis en varias actividades que os habitúan a no cerraros en vosotros mismos o en vuestro pequeño mundo, sino a abrirlos a los demás, especialmente a los más pobres y necesitados, a trabajar por mejorar el mundo en el que vivimos. Sed hombres y mujeres con los demás y para los demás, verdaderos modelos en el servicio a los demás.

Él nos habla siempre; está en nosotros escucharle

Para ser magnánimos con libertad interior y espíritu de servicio es necesaria la formación espiritual. Queridos muchachos, queridos jóvenes, ¡amad cada vez más a Jesucristo! Nuestra vida es una respuesta a su llamada y vosotros seréis felices y construiréis bien vuestra vida si sabréis responder a esta llamada.

Percibid la presencia del Señor en vuestra vida. Él está cerca a cada uno de vosotros como compañero, como amigo, que os sabe ayudar y comprender, os alienta en los momentos difíciles y nunca os abandona. En la oración, en el diálogo con

Él, en la lectura de la Biblia, descubriréis que Él está realmente cerca de vosotros. Y aprended también a leer los signos de Dios en vuestra vida. Él nos habla siempre, incluso a través de los hechos de nuestro tiempo y de nuestra existencia de cada día. Está en nosotros escucharle.

Sin coherencia no es posible educar

No quiero ser demasiado largo, pero una palabra específica deseaba dirigirla a los educadores: a los jesuitas, a los profesores, a los empleados de vuestras escuelas y a los padres. No os desalentéis ante las dificultades que presenta el desafío educativo. Educar no es una profesión, sino una actitud, un modo de ser; para educar es necesario salir de uno mismo y estar en medio de los jóvenes, acompañarles en las etapas de su crecimiento poniéndose a su lado. Donadles esperanza, optimismo para su camino por el mundo. Enseñad a ver la belleza y la bondad de la Creación y del hombre, que conserva siempre la impronta del Creador. Pero sobre todo sed testigos con vuestra vida de aquello que transmitís.

Un educador —jesuita, profesor, empleado, padre—, con sus palabras, transmite conocimientos, va-

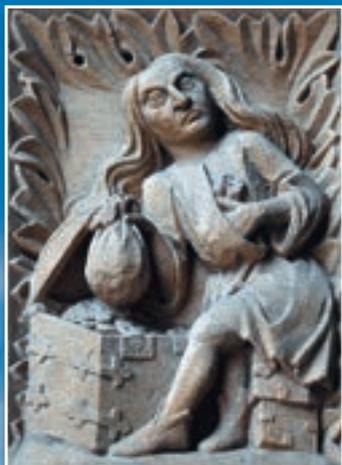
lores, pero será incisivo en los muchachos si acompaña las palabras con su testimonio, con su coherencia de vida. Sin coherencia no es posible educar.

Todos sois educadores, en este campo no se delega. Entonces, es esencial, y se ha de favorecer y alimentar, la colaboración con espíritu de unidad y de comunidad entre los diversos componentes educativos. El colegio puede y debe ser catalizador, lugar de encuentro y de convergencia de toda la comunidad educativa con el único objetivo de formar, ayudar a crecer como personas maduras, sencillas, competentes y honestas, que sepan amar con fidelidad, que sepan vivir la vida como respuesta a la vocación de Dios y la futura profesión como servicio a la sociedad.

Fragmento del discurso preparado para los representantes de las escuelas de los jesuitas de Italia y Albania, 7/6/2013

¹ “Es divino no estar contenido en lo mayor, sino ser capaz de entrar en lo más pequeño” (Elogio fúnebre de San Ignacio. In: *Imago primi saeculi Societatis Iesu*. Antuerpia: Officina Plantiniana, 1640, p. 280).

Todos los derechos sobre los documentos pontificios quedan reservados a la Librería Editrice Vaticana. La versión íntegra de los mismos puede ser consultada en www.vatican.va



“La avaricia”
Catedral de Metz (Francia)

La tentación de la “limbolatría”

Ante los placeres que la vida en esta tierra nos puede ofrecer, incluso los legítimos, el hombre se olvida fácilmente de la eternidad para la cual fue creado.



Mons. João Scognamiglio Clá Dias, EP

I – LA VOCACIÓN REEMPLAZADA POR UNA CERRADURA...

Se cuenta que en cierta ocasión un monje terminó abandonando su vocación a cambio de una bagatela. Habiendo trabajado durante años como eximio herrero, en determinado momento sintió en su interior un fuerte impulso para seguir el camino de la vida contemplativa. Lo dejó todo y se dirigió a un monasterio, donde fue admitido.

Algún tiempo después le asignaron una celda cuya puerta, día y noche, chirriaba y daba golpes sin parar porque no cerraba bien. Nuestro monje le pidió permiso a su superior para solucionar el problema y fabricó una estupenda cerradura. Además, aprovechó la ocasión para arreglar la propia puerta, ajustándola mejor al marco de la pared. Al final, logró transformarla en una pieza modélica para toda la comunidad.

Se paseaba por los pasillos del edificio orgulloso de su trabajo y se admiraba de no encontrar ninguna cerradura comparable a la suya, tan perfecta y bien hecha. Sin embargo, con el paso de los meses fue creando en su interior un excesivo apego por tal accesorio, aparentemente inofensivo.

Un día, el abad ordenó un cambio de celdas en la comunidad. Abatido ante la perspectiva de verse obligado a repetir en su nuevo destino aquella minuciosa labor, el monje-herrero

pidió permiso para llevarse la cerradura. Pero el superior había dispuesto que nadie estaba autorizado a trasladar ninguna parte del mobiliario en los cambios de una celda a otra. Descontento con la decisión del prior y no queriendo renunciar a su excelente cerradura, el monje la arrancó de la puerta y decidió abandonar la vocación religiosa, recibida de las manos de Dios, llevándose el objeto de su apego y adentrándose en los caminos del mundo...

¿Qué hay detrás de la historia de la cerradura de este monje? Es lo que nos enseña el Evangelio del decimoctavo domingo del Tiempo Ordinario.

II – EL PELIGRO DE LA CODICIA

El episodio que se narra en este Evangelio tiene lugar cuando Jesús y sus discípulos iban de camino a Jerusalén, ciudad donde consumaría su misión divina. Aunque en dos ocasiones anteriores ya había predicho su Pasión (cf. Lc 9, 22.44), los discípulos no entendían el elevado significado de tal anuncio y todavía tenían esperanzas de ser los primeros en el supuesto reino mesiánico que Cristo fundaría en este mundo (cf. Lc 9, 45-46). Para corregirles ese punto de vista humano, los había enviado en misión, dándoles el poder de expulsar a los demonios, y les

Los discípulos no entendían el elevado significado de tal anuncio

EVANGELIO

En aquel tiempo, ¹³ le dijo uno de la gente: “Maestro, dile a mi hermano que reparta conmigo la herencia”. ¹⁴ Él le dijo: “Hombre, ¿quién me ha constituido juez o árbitro entre vosotros?”. ¹⁵ Y les dijo: “Mirad: guardaos de toda clase de codicia. Pues, aunque uno ande sobrado, su vida no depende de sus bienes”. ¹⁶ Y les propuso una parábola: “Las tierras de un hombre rico produjeron una gran cosecha. ¹⁷ Y empezó a echar cálculos, diciéndose: ‘¿Qué haré? No tengo donde alma-

cenar la cosecha’. ¹⁸ Y se dijo: ‘Haré lo siguiente: derribaré los graneros y construiré otros más grandes, y almacenaré allí todo el trigo y mis bienes. ¹⁹ Y entonces me diré a mí mismo: Alma mía, tienes bienes almacenados para muchos años; descansa, come, bebe, banquetea alegremente’. ²⁰ Pero Dios le dijo: ‘Necio, esta noche te van a reclamar el alma, y ¿de quién será lo que has preparado?’. ²¹ Así es el que atesora para sí y no es rico ante Dios” (Lc 12, 13-21).

había enseñado el Padrenuestro, instándoles a la perseverancia y la confianza en la oración (cf. Lc 10, 1.17; 11, 1-4). Es en medio de las actividades de este ministerio tan sobrenatural cuando le hacen al Maestro una singular petición.

En aquel tiempo, ¹³ le dijo uno de la gente: “Maestro, dile a mi hermano que reparta conmigo la herencia”.

Las palabras iniciales del pasaje evangélico que estamos contemplando dejan patente la completa disposición del Señor para atender a toda la gente que está a su alrededor. Al permitir que las personas tuvieran libre acceso a Él, sin intermediarios, siempre se encontraba listo para responder a las necesidades de los que se le acercaban. Ya sólo este pequeño detalle sería suficiente para llenarnos de confianza.

De hecho, la escena narrada nos presenta el caso de una persona que se dirigió a Jesús para pedirle ayuda. Sin duda, se trataría de un hermano más pequeño que tenía dificultades en el reparto de una herencia que le correspondía. La ley civil judaica determinaba que cuando dos hermanos heredaban de su padre un legado, éste debía dividirse en tres partes: dos serían para el hermano mayor y la otra para el más joven

(cf. Dt 21, 17).¹ Debido al carácter codicioso del ser humano, a pesar de la ley, ese precepto no dejaba de motivar frecuentes discusiones en el momento de su aplicación. A menudo tales contiendas acababan ante un juez, un rabino u otro árbitro apropiado. Según comenta Lagrange, “los rabinos habían acostumbrado a los judíos a recurrir a ellos para terminar con las cuestiones que en cierto sentido deberían ser resueltas según los principios del Derecho”.²

Un defecto común a todas las épocas

El contendiente del Evangelio, al acercarse al Señor para pedirle que interviniera en la división de los bienes de su familia, no parece que se haya parado ni un momento a reflexionar sobre la grandeza del Maestro delante de la cual se encontraba, considerándolo tan sólo como alguien de mucha popularidad, un buen abogado para la causa que anhelaba ganar. Podemos imaginarlo sufriendo la pérdida de su progenitor ya en edad madura. La juventud había quedado atrás y deseaba garantizarse el futuro, preocupación muchas veces dominante en el individuo que avanza en años.³ Ésta es la mentalidad de los que en esa etapa de la vida pierden el sentido de la generosidad y la capacidad de entender el carácter transitorio de los bienes tem-

Para corregirles ese punto de vista humano, los había enviado en misión, dándoles el poder de expulsar a los demonios

También en nuestros días existe un fuerte anhelo por encontrar un “elixir de la inmortalidad”, para intentar vivir en un limbo permanente en este mundo

porales. Y el hermano pequeño del Evangelio está con la mirada puesta en su futuro, en lo que podríamos definir —aunque suene paradójico— como la perpetuidad de esta tierra.

Desde el primer momento de la salida de Adán y Eva del Paraíso terrenal, la naturaleza humana fue a buscar el fruto del árbol de la vida en el destierro, en la patria terrena. También en nuestros días, y con más intensidad que en épocas anteriores, existe un fuerte anhelo por encontrar, a través de la medicina, un “elixir de la inmortalidad”, para intentar vivir en un limbo permanente en este mundo. Esta actitud es muy común y —según una expresión utilizada por el Prof. Plinio Corrêa de Oliveira— se podría denominar “limbolatría”,⁴ un término que designa muy bien la posición de los adoradores de una existencia feliz en un limbo sin fin, en un continuo disfrute de placeres aquí en este mundo, olvidándose de la verdadera eternidad y de lo sobrenatural. Ante esa concepción de la vida, involucrada en la petición relatada en el Evangelio, veamos cuál fue la respuesta del divino Redentor.

La misión del Señor no era temporal

¹⁴ Él le dijo: “Hombre, ¿quién me ha constituido juez o árbitro entre vosotros?”.

En el Evangelio no consta que Jesús se haya negado clara y explícitamente a atender ninguna petición, sobre todo si se hacía con sincera humildad de corazón. Pero en el caso de este hombre rechaza pronunciarse sobre el asunto porque no era ésa su misión. Esto le competía a jueces y rabinos que por derecho tenían esa responsabilidad. Como comenta San Ambrosio, “el que había descendido por razones divinas, con toda justicia rechaza las terrenas, y no se digna hacerse juez de pleitos ni repartidor de herencias terrenas, puesto que Él tenía que juzgar y decidir sobre los méritos de los vivos y los muertos”.⁵

Estos primeros versículos son suficientes para que saquemos una bonita lección de ellos. La reacción de Cristo nos muestra que cuando alguien desea un bien únicamente para sí mismo, Dios se aparta. Sin embargo, celoso por la eterna salvación de todos, quiso comunicarle a ese hombre una nueva enseñanza: el peligro de dejarse enredar de una manera desequilibrada con los problemas de una herencia familiar. “Pedía la mitad de la herencia —afirma San Agustín—; solicitaba la mitad, pero en la tierra, y el Señor se la ofrecía to-

da en el Cielo. Le daba el Señor más de lo que pedía”.⁶ Esto se debía al hecho de que ese hombre había puesto su atención en los bienes visibles con una voluptuosidad poco común, deseando tenerlos en sus manos a toda costa.

¿Qué es la codicia?

¹⁵ Y les dijo: “Mirad: guardaos de toda clase de codicia. Pues, aunque uno ande sobrado, su vida no depende de sus bienes”.

Para mostrar la importancia capital de la frase que iba a pronunciar, Jesús comienza atrayendo la atención de sus oyentes: “Mirad”. Ahora bien, en este versículo hemos de considerar que cuando habla de “toda clase de codicia” quiere decir que no debemos tener una fijación desequilibrada con el asunto del dinero. Aunque no solamente con esto. De hecho, si sólo dijera “con la codicia”, podría referirse únicamente al dinero. Al haber dicho “de toda clase de codicia”, podía o no hacer alusión a él, por tanto, abarca otros bienes materiales.

Si queremos algo para nuestra estabilidad o bien personal, divorciado del amor a Dios y ambicionado ansiosamente, a eso se le llama codicia. El Doctor Angélico nos enseña que el pecado de codicia se efectúa: “Cuando se quieren adquirir y retener las riquezas sobrepasando la debida moderación. Esto es lo propio de la avaricia que se define como el deseo desmedido de poseer”.⁷ Volviendo, entonces, a la historia del infeliz monje-herrero, cabe preguntarnos: ¿cómo es posible que la vida de una persona se resuma en el amor a una cerradura?

Seamos honestos y miremos muy de frente el amplio campo de bienes de nuestro alrededor. San Juan de la Cruz los define con precisión: “por bienes temporales entendemos aquí riquezas, estados, oficios y otras pretensiones, e hijos, parientes, casamientos, etc.”.⁸ Estos bienes incluso pueden ser una cerradura, un animal o un objeto al que nos apegamos en exceso o de manera desequilibrada, a pesar de que nos aparta de Dios.

No obstante, existen otras clases de codicia como la del sentimentalismo o del romanticismo, que nos exigen dejar a Dios a un lado para adorar lo que es meramente humano. Cuando alguien entrega su corazón a la codicia de ese afecto y adoración de los demás —y ésa es la esencia del romanticismo—, siempre querrá

más, y vivirá en una continua inquietud. Otro tipo de codicia es la vanidad, que conduce al deseo de llamar la atención sobre sí, sea por la belleza física, causando un excesivo cuidado por su propia apariencia, sea por creerse poseedor de una gran inteligencia o dotado de otras cualidades. Hasta con relación a la salud podemos ser codiciosos, al tener desproporcionados y exclusivos cuidados con el cuerpo y el tratamiento de la enfermedad.

El apego puede concentrarse en pocos bienes

Es necesario tener presente que, aun cuando Jesús habla de abundancia de bienes, si nos encontramos en una situación de escasez material, de dinero o de bienes de otra índole, no significa que estemos libres del riesgo del apego a alguna cosa, como lo demuestra la historia del monje y la cerradura.

En este sentido, San Juan de la Cruz, continuando su análisis, comenta cómo de hecho es terrible el afecto desordenado a la abundancia material, pero explica que si alguien tiene muchos bienes, el apego se distribuirá entre todos ellos. Sería el caso, por ejemplo, del que posee mil monedas de oro: si llega a perder sólo una, quedándole las otras novecientas noventa y nueve, el estremecimiento no será tan grande. Sin embargo, si pierde novecientas noventa y nueve, toda la atención que tenía por las mil monedas se concentrará sobre la que le quedó. De este modo, el que posee pocos bienes puede tener por ellos un apego tan intenso como el que un nabab tendría por toda su fortuna, olvidándose de Dios a causa de eso.

Con todo es indispensable resaltar un matiz importante. Jesús no está condenando en esta parábola la posesión de bienes, ni el principio de propiedad, sino la codicia, es decir, el descontrol en la consideración de los bienes temporales.⁹

Un hombre bendecido por Dios

¹⁶ Y les propuso una parábola: “Las tierras de un hombre rico produjeron una gran cosecha”.

Ya al principio, el divino Maestro llama la atención sobre la for-

tuna del hombre de la parábola. Era rico, bien establecido y atendido con holgura en todas sus necesidades. De hecho, la ganadería y la agricultura eran las principales fuentes de riqueza en la Palestina de aquel tiempo. Por tanto, se estaba lucrando, porque la generosidad de Dios le había proporcionado la alegría de vivir en abundancia. Tanto había sido favorecido, que sus tierras habían producido una gran cosecha y, según podemos suponer por la narración que sigue, con un resultado muy superior a lo normal.

Ahora bien, ¿esa tierra a quién pertenece? Sin duda que es propiedad del agricultor, ¿pero quién la ha creado? ¿Quién ha hecho que dé frutos? Ciertamente la semilla, no obstante... ¿quién ha engendrado la semilla? Y si seguimos así, llegamos a la conclusión de que, en el fondo, todo es de Dios y sólo a Él le pertenece. “De Dios proceden todos estos beneficios, la buena tierra, la buena temperatura del cielo, la abundancia de semillas, la ayuda de los bueyes, todo lo demás de que se vale la agricultura para producir con abundancia. Y ¿qué es lo que descubrimos en este hombre?”.¹⁰ Vemos que, ante tal bondad de la Providencia Divina, su reacción no fue de reciprocidad.

Egoísmo y codicia siempre van de la mano

¹⁷ “Y empezó a echar cálculos, diciéndose: ‘¿Qué haré? No tengo donde almacenar la cosecha’.”¹⁸ Y se dijo: ‘Haré lo siguiente: derribaré los graneros y construiré otros más grandes, y almacenaré



Si queremos algo para nuestra estabilidad o bien personal, divorciado del amor a Dios y ambicionado ansiosamente, a eso se le llama codicia



Victor Toniolo

Monedas de oro del Imperio de Brasil - Museo de Valores del Banco Central de Brasil, Brasilia

El personaje de la parábola quiere guardar el producto de la buena cosecha exclusivamente para su satisfacción

allí todo el trigo y mis bienes. ¹⁹ Y entonces me diré a mí mismo: Alma mía, tienes bienes almacenados para muchos años; descansa, come, bebe, banquetea alegremente”.

La actitud inicial del propietario es la de quien, de repente, se encuentra ante una situación de abundancia inesperada. “¿Qué haré? No tengo donde almacenar la cosecha”. Fue lamentable la intención, llena de egoísmo, subyacente a ese primer pensamiento. Al encontrarse con los campos floridos y preparados para sacar de ellos el rendimiento de una siega como nunca habría imaginado, el hombre sintió bullir en sí el elixir de la “limbolatría”, es decir, el deseo de permanecer en esta tierra toda la eternidad, sin infortunios, como lo demuestran las palabras del versículo siguiente.

Dios desapareció de sus planes y cuando esto ocurre vienen las desgracias. En efecto, si lo sacamos del centro de nuestras preocupaciones, nuestra persona asume con rapidez el papel principal de nuestra vida, porque sólo existen dos amores para nosotros: o amamos a Dios hasta el olvido de nosotros mismos, o nos amamos a nosotros mismos hasta el olvido de Dios.¹¹

El personaje de la parábola quiere guardar el producto de la buena cosecha exclusivamente para su satisfacción. Es codicioso y avaro, como lo había advertido el Señor poco antes; lo desea todo para él y sólo para él. Parte de un principio errado —el de la egolatría— y ni siquiera se acuerda de hacer algún bien a los demás. Después de haber recibido copiosamente

de las manos del Creador tal cosecha, y en cantidad muy superior a la esperada, tanto que no tenía donde almacenarla, debía haberla utilizado, según el deseo divino, también para beneficio del prójimo. Pero ni se le pasó por la cabeza semejante posibilidad. Si el alma no tiene a Dios como centro de sus pensamientos, le entra un ansia propia del apego y con ella la perturbación. “*Non in commotione Dominus*”, en la agitación no está el Señor (cf. 1 R 19, 11). El espíritu de avaricia nos hace perder la paz.¹²

De la misma manera como el mencionado monje-herrero no se molestó en hacer nuevas cerraduras para todas las celdas del monasterio —a pesar de ser excelente en la profesión y tener bastante habilidad para ello—, el propietario de la parábola pretende construir los graneros pensando en una estabilidad basada en el mero gozo de su vida personal. En ambos sobresale una profunda actitud egoísta.

Por otro lado, el Maestro no afirma que exista una intención explícita de pecado en todo esto. No obstante, al poner en los labios de ese agrigultor las palabras “descansa, come, bebe, banquetea alegremente...”, nos está indicando que hay un olvido del primer mandamiento de la Ley de Dios: “Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas”. El que había sido la causa de tal situación de abundancia ahora era dejado de lado y ya no es recordado más.

Por tal motivo a ese propietario no le parece suficiente el considerable sustento reservado en los graneros que ya existían. Al año siguiente y en los próximos cosecharía nuevamente, quizá

todavía más. Sin embargo, la avaricia y las ganas de disfrutar lo habían cegado. Así piensan todos lo que son dominados por la codicia. Nunca se satisfacen con los dones recibidos de las manos de Dios y ansían algo más. “La razón de que la codicia nunca se sacia es que el corazón del hombre está hecho para recibir a Dios. [...] Por lo tanto, no puede llenarlo lo que es menos que Dios”.¹³ Esta insatisfacción provoca un desequilibrio emocional, cuyos frutos se traducen en una falta de virtud, debido al deseo desordenado de querer cada vez más. San Bernardo califica la codicia como “un mal muy sutil; virus oculto, peste invisible, padre del enga-

Dairo Ialorenzi



Campos de trigo preparados para la cosecha (Paraguay)



ño, madre de la hipocresía, progenitor de la envidia, origen de los vicios, yesca de los crímenes, herrumbre de las virtudes, polilla de la santidad, obcecación de los corazones, adulteración de los antídotos, medicina ponzoñosa”.¹⁴

¡Ay del que construye su vida —espiritual o temporal— sólo para sí mismo! Tarde o temprano escuchará la misma advertencia que salió de los labios del Señor dirigida al hombre de esta parábola.

Al final de la vida, de nada nos servirá la codicia

²⁰ “Pero Dios le dijo: ‘Necio, esta noche te van a reclamar el alma, y ¿de quién será lo que has preparado?’. ²¹ Así es el que atesora para sí y no es rico ante Dios”.

Continuaba acumulando trigo y bienes materiales, pretendiendo construir un nuevo granero seguro, porque había hecho de la vida en el tiempo su fin último, pensando prolongarla eternamente. Su necedad consistió en un acto de desamor con relación a lo eterno. Tal vez este pobre desdichado haya visto incluso la demolición de la antigua despensa. Sin embargo, ni siquiera pudo ver los cimientos de la nueva construcción.

El que no cumple el primer mandamiento de la Ley de Dios se encuentra en la situación de ese infeliz. Así es la actitud de muchas personas que “oscurecidas con la codicia en las cosas espirituales, sirven al dinero y no a Dios, y se mueven por el dinero y no por Dios, poniendo delante el precio y no el divino valor y premio, haciendo de muchas maneras al dinero su principal dios y fin, anteponiéndole al último fin, que es Dios”.¹⁵ Se olvidan de las dos vidas presentes en su interior: la humana y la divina; cuidan celosamente de la primera y descuidan la segunda, que es el estado de gracia.

Ahora bien, ¿quién de nosotros no ha sentido la tentación de acumular otra clase de bienes, aunque nos alejen de Dios y de la eternidad, olvidándonos de la breve duración de nuestra vida? ¡Cuántos e innumerables ejemplos hay en la Historia de personas cuya vida les fue arrebatada precisamente cuando se encontraban en el auge de una realización terrena! En efecto, San Juan de la Cruz afirma con severidad: “Todas las veces que vanamente nos gozamos está Dios mirando y trazando algún castigo y trago amargo según lo merecido”.¹⁶ ¡No seamos necios! ¿Quién puede asegurar el día y la hora de

su propia muerte, si ni siquiera los médicos son capaces de determinarlo con exactitud? ¿Quién puede garantizar la duración de su vida hasta el final de la noche de hoy? ¿Quién puede afirmar que continuará existiendo mañana? Para morir sólo basta una condición: estar vivo.

Por consiguiente, es mil veces mejor estar a cada instante con la principal atención puesta en lo que es eterno. Después de la muerte viviremos para siempre y, en un momento determinado, recuperaremos nuestros cuerpos, en estado de gloria o de horror, dependiendo de nuestras obras. Si vamos al Cielo recibiremos la gloria, pero si vamos al infierno tendremos un perpetuo sufrimiento.

¿Valdrá la pena, pues, andar inquieto y vivir afligido por las cosas concretas y olvidarse de las eternas? Si procedemos de esa manera, por mucho que poseamos numerosas cosechas, deseemos construir innumerables graneros o tengamos propiedades sin fin; o, por el contrario, aunque seamos pobres, sentados a la vera del camino pidiendo limosnas, el resultado será el mismo: estaremos amargados, como el triste hombre de la parábola, dispuestos a construir con él un granero para esta tierra y no para la eternidad.

La legitimidad de hacer acopio

Sin embargo, puede surgir en nuestro interior una pregunta: ¿cómo actuar ante las incertidumbres de la vida presente? ¿Es legítimo hacer acopio? ¿Cómo armonizar las lícitas preocupaciones humanas con la estabilidad material? En realidad, el que no examine cuidadosamente el texto evangélico podrá quedarse con una impresión equivocada al pensar que se está reprobando el derecho de poseer, porque el hombre de la parábola es considerado por el mismo Jesús como un necio. ¿Estaría Dios condenando la aspiración a un derecho, puesta por Él mismo en el alma humana —el derecho de propiedad—,¹⁷ dando a entender que es pecado desear o poseer bienes? ¿Cuál fue la necedad de ese hombre? ¿Habría condenado Cristo el acto de hacer acopio, por el simple hecho de que el agricultor, habiendo reunido una enorme cosecha más allá de sus expectativas, haya querido construir un granero capaz de almacenar grandes cantidades hasta el final de su vida? Si eso fuera así, cualquier casa que tuviera una despensa estaría condenada, porque no estaría permitido guardar provisiones, según este Evangelio...

Desgraciadamente es común oír argumentos absurdos contra el derecho de propiedad.

¿Quién de nosotros no ha sentido la tentación de acumular otra clase de bienes, aunque nos alejen de Dios y de la eternidad, olvidándonos de la breve duración de nuestra vida?

Antes que nada, es necesario ser rico delante de Dios. Y esta riqueza se conquista teniendo la primera atención dirigida hacia los bienes eternos

Ahora bien, éste está presente en esa aspiración que Dios ha puesto en el corazón humano. Y la práctica de tal derecho nos permite conservar los medios para garantizar nuestra subsistencia y atender las necesidades personales y familiares o, incluso, las de una digna posición social. Pero, antes que nada, es necesario ser rico delante de Dios. Y esta riqueza se conquista teniendo la primera atención dirigida hacia los bienes eternos. De esta forma, si el amor a Dios está presente y el egoísmo se deja de lado, entonces hasta el hacer reservas y atesorar bienes será legítimo.

No obstante, el amor a Dios exige un despliegue de amor al prójimo. Es necesario, pues, recibir y ahorrar para distribuir siempre, sin guardar con exclusividad para sí. Esta regla no sólo es extensiva al dinero y a los bienes puramente materiales, sino también a todo y cualquier beneficio o cualidad dados por Dios. De la misma manera, se podría aplicar la condenación que se hace en el Evangelio a quien estudia únicamente con la intención de convertirse en un genio y no para transmitir sus conocimientos a los demás; a quien reza para uno mismo y nunca por los otros; a quien se relaciona con sus semejantes con el objetivo de satisfacer el deseo de alabanzas y estima personal y no el de hacerles el bien, en función de la salvación eterna. Estos desvaríos hacen de los actos humanos dañinos y marcados con el inconfundible sello del egoísmo.

III – NO APARTAR LOS OJOS DE LA ETERNIDAD

Hemos de tener presente, por tanto, lo rápido que pasamos por esta tierra. Nuestra atención no puede fijarse sólo en este mundo y olvidarse del otro. Cuántas veces, a lo largo de los siglos, constatamos que cuando una nación o un área de civilización decide volverse hacia Dios,

abriéndose a la perspectiva de la eternidad, todo lo que hay de bueno florece.

Por otro lado, cuando los hombres excluyen a Dios del centro de sus vidas y le roban el sitio reservado a Él, toda clase de desgracias y castigos caen sobre ellos. En la actualidad, nos encontramos en una época de inventos y de magníficos descubrimientos científicos, impensables en otros tiempos. Pero esas maravillas le acarrean a los hombres un nuevo y grave problema, porque muchos pueden obsesionarse tanto con ellos que acaban olvidándose de Dios...

En nuestros días, con más ímpetu que antes, la inmoralidad quiere destruir de manera definitiva a la moralidad, conforme lo indica la velocidad de degradación de las modas, de las costumbres, de la familia. Hasta tal punto se están generalizando los desórdenes morales que si se les ofreciera a las personas con una expectativa de muerte inminente una medicina que le alargase la vida un poco más, pero se les exigiera la renuncia a la impureza, sin duda alguna, una buena parte preferiría morir antes que perder la posibilidad de cometer ese género de pecado. El que así procede tiene, en el fondo, un espíritu en el que impera una deliberada desobediencia a los Diez Mandamientos, porque sus ojos están puestos en las cosas de aquí abajo y no en las de lo alto. A ellos les pasará lo que expresa también la primera Lectura de hoy, del Eclesiastés: “Hay quien trabaja con sabiduría, ciencia y acierto, y tiene que dejarle su porción a uno que no ha trabajado. También esto es vanidad y grave dolencia” (Ecl 2, 21).

El sentido etimológico de la palabra *vanidad* es: vacío. El que vive buscando la codicia, imaginando que con ella saciará su alma, persigue el vacío.

Cuando nos trasladamos definitivamente a otro país, tenemos la posibilidad de llevarnos todas nuestras pertenencias. No obstante,

¹ Cf. FILLION, Louis-Claude. *Vida de Nuestro Señor Jesucristo. Vida pública*. Madrid: Rialp, 2000, v. II, p. 381; GOMÁ Y TOMÁS, Isidro. *El Evangelio explicado. Año tercero de la vida pública de Jesús*. Barcelona: Rafael Casulleras, 1930, v. III, pp. 226-227.

² LAGRANGE, OP, Marie-Joseph. *Évangile selon Saint Luc*. Paris: J. Gabalda, 1927, p. 357.

³ Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO. *Suma Teológica*. II-II, q. 118, a. 1, ad 3.

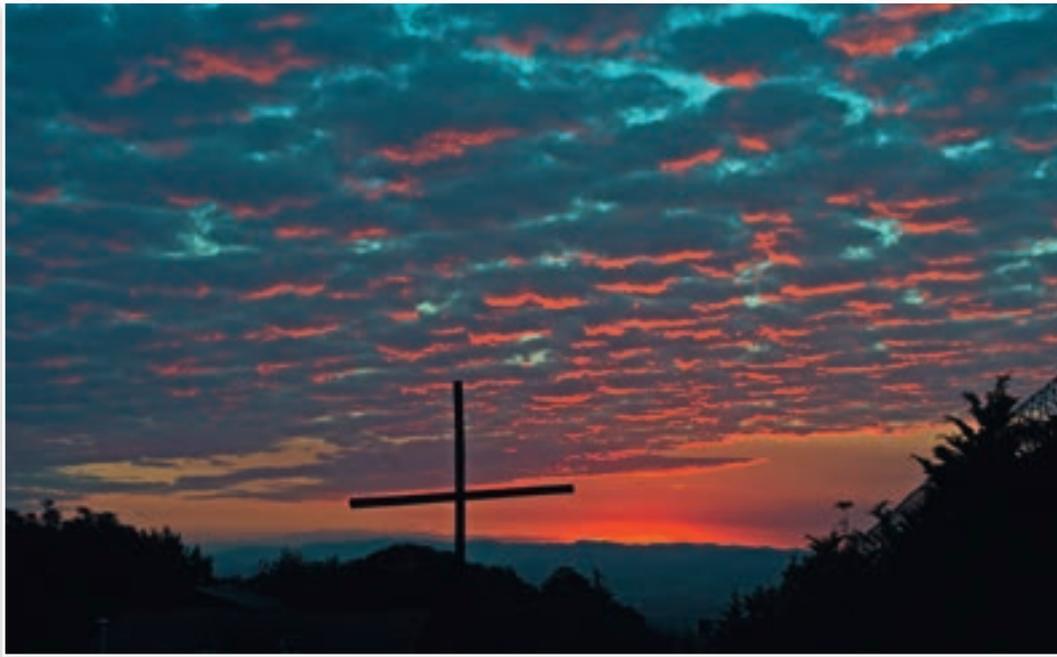
⁴ CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. *Conferencia*. São Paulo, 15/11/1980.

⁵ SAN AMBROSIO. Tratado sobre el Evangelio de San Lucas. L. VII, n.º 122. In: *Obras*. Madrid: BAC, 1966, v. I, p. 405.

⁶ SAN AGUSTÍN. Sermo CVII, c. I, n.º 2. In: *Obras*. Madrid: BAC, 1983, v. X, p. 748.

⁷ SANTO TOMÁS DE AQUINO, op. cit., a. 1.

⁸ SAN JUAN DE LA CRUZ. Subida del Monte Carmelo. L. III, c. XVIII, n.º 1. In: *Obras Completas*. 4.ª ed. Madrid: BAC, 1960, p. 580.



Puesta de sol en la casa “Lumen Cœli” de los Heraldos el Evangelio, Mairiporã (Brasil)



Hemos de tener presente, por tanto, lo rápido que pasamos por esta tierra; nuestra atención no puede fijarse sólo en este mundo y olvidarse del otro

cuando salimos de este mundo —pasando por el Juicio— camino de la eternidad, no podemos llevarnos nada, ni la ropa, porque ésta se queda en la tumba con el cuerpo y se convierte en alimento para los gusanos. Así pues, será mejor aplicar el capital en el tesoro espiritual para llegar al otro lado mucho más afortunados. Es el consejo que se nos da hoy: no poner nuestra atención y preocupación en las cosas concretas de esta tierra, sino en la eternidad, lo que se obtiene aceptando la amonestación de San Pablo a los Colosenses, en la segunda Lectura de la Liturgia de este domingo: “Dad muerte a todo lo terreno que hay en vosotros: la fornicación, la impureza, la pasión, la codicia y la avaricia” (Col 3, 5).

En resumen, el problema no se encuentra en tener o no tener, sino en ser rico delante de

Dios. Y para ello es necesario que no seamos románticos, ni vanidosos, ni desear elogios de los demás, ni buscar el dinero con avidez, ni ser orgullosos. Ser rico delante de Dios es en realidad ser despretenioso, ser abnegado. Ser rico delante de Dios es tener mucha fe. Ésta es la riqueza a la cual Jesús nos invita.

Para alcanzar esa meta, no hay otro camino que el de la oración, donde encontraremos las gracias necesarias para llegar felices a la eternidad. Practicar la virtud, procurando hacer el bien a los demás y queriendo nuestro auténtico bien personal, he aquí la preparación para ese viaje sin retorno, viaje que no necesita pasaporte, carnet de identidad, tarjeta de crédito ni visado de entrada. La entrada dependerá, eso sí, de una vida agradable a Dios y enteramente fiel a su Ley. ✧

⁹ Cf. SAN BEDA. *In Lucæ Evangelium Expositio*. L. V, c. 12: ML 92, 491-492.

¹⁰ SAN BASILIO MAGNO. *Homilia in illud dictum Evangelii. Destruam horrea mea*, n.º 1: MG 31, 261-264.

¹¹ Cf. SAN AGUSTÍN. De Civitate Dei. L. XIV, c. 27. In: *Obras*. Madrid: BAC, 1958, v. XVI-XVII, p. 984.

¹² Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO, op. cit., a. 8.

¹³ SANTO TOMÁS DE AQUINO. *De decem præceptis*. Art. 11. De nono præcepto.

¹⁴ SAN BERNARDO. Sermo in psalmum XC, c. VI, n. 4. In: *Obras Completas*. 2.ª ed. Madrid: BAC, 2005, v. III, p. 483.

¹⁵ SAN JUAN DE LA CRUZ, op. cit., L. III, c. XIX, n.º 9, p. 585.

¹⁶ Idem, c. XX, n.º 4, p. 588.

¹⁷ Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO, op. cit., q. 66, a. 1: “Tiene el hombre el dominio natural de las cosas exteriores, [...] porque siempre los seres más imperfectos existen por los más perfectos [...]. Este dominio natural sobre las demás criaturas, que compete al hombre por su razón, en la que reside la imagen de Dios, se manifiesta en la misma creación del hombre”.

Creo en la comuni3n de los santos

En el maravilloso universo de la comuni3n de los santos, el m1s insignificante de nuestros actos, hecho con caridad, repercute en provecho de todos los fieles; y cualquier pecado pesa negativamente en esa comuni3n.

Millon Barros de Almeida



Desafiando el progreso cient1fico moderno, el cuerpo humano todav1a sigue siendo un misterio en muchos aspectos. A medida que vamos conociendo mejor las leyes y operaciones, surgen nuevas inc3gnitas y tambi3n nuevas maravillas son reveladas, despertando admiraci3n.

En efecto, 1qui3n no se queda at3nito hoy d1a ante la espectacular eficacia del sistema inmunol3gico de nuestro organismo? 1Qu3 cient1fico puede explicar con exactitud la extraordinaria agilidad, capacidad y precisi3n de nuestro sistema nervioso? 1O c3mo no admirarse del incansable trabajo del coraz3n que, con sus

r1tmicos latidos, bombea la sangre sin descanso hacia los dem1s 3rganos?

Ahora bien, el cuerpo humano es la mejor imagen que tenemos a nuestro alcance de una rica y profunda verdad de nuestra fe: la comuni3n de los santos, que declaramos cada vez que rezamos el Credo. Sin embargo, raramente es objeto de nuestros pensamientos, quiz1a porque trasciende la esfera temporal y terrena y nos lleva a realidades ajenas a nuestras preocupaciones cotidianas.

As1 pues, recorramos algunos fragmentos de las cartas de San Pablo, consideremos las reflexiones del famoso predicador dominico Jacques Marie Louis Monsabr3, OP, y recurramos a las ense1anzas del





Concilio Vaticano II y de algunos de los Papas más recientes para adentrarnos en este apasionante tema.

Cristo, cabeza del Cuerpo Místico de la Iglesia

Como enseña el Apóstol, en la Santa Iglesia hay una íntima relación entre sus miembros: “Así nosotros, siendo muchos, somos un solo cuerpo en Cristo” (Rm 12, 5), el Cuerpo Místico de Cristo. Y, como todo cuerpo bien constituido, tiene una cabeza “de la cual todo el cuerpo, a través de las junturas y tendones, recibe alimento y cohesión, y crece como Dios le hace crecer” (Col 2, 19).¹ De Cristo, “cabeza del cuerpo, que es la Iglesia” (Col 1, 18), dimana la vida, la fuerza y la vitalidad del resto del organismo.

El mismo Redentor nos explica esta realidad en la parábola de la vid y los sarmientos. “Yo soy la verdadera vid, y mi Padre es el labrador. A todo sarmiento que no da fruto en mí lo arranca [...]. Como el sarmiento no puede dar fruto por sí, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí” (Jn 15, 1.4).

“Os habéis revestido de Cristo”

Todos los bautizados, por muy diferentes que sean por la raza, la

De Cristo, “cabeza del cuerpo, que es la Iglesia”, dimana la vida, la fuerza y la vitalidad del resto del organismo

“El Juicio Final”, por Fra Angélico - Gemäldegalerie, Berlín

nación o la clase social, son parte de ese Cuerpo. Nos dice San Pablo: “Habéis sido bautizados en Cristo, os habéis revestido de Cristo. No hay judío y griego, esclavo y libre, hombre y mujer, porque todos vosotros sois uno en Cristo Jesús” (Ga 3, 27-28). En la epístola a los efesios, insiste en la necesidad de esa unión: “Esforzaos en mantener la unidad del Espíritu con el vínculo de la paz. Sed un solo cuerpo y un solo espíritu, como una sola es la esperanza de la vocación a la que habéis sido convocados” (Ef 4, 3-4).

Esta importante enseñanza se materializaba en las costumbres vigentes en la Iglesia primitiva, como narra el libro de los *Hechos de los Apóstoles*: “El grupo de los creyentes tenía un solo corazón y una sola alma: nadie llamaba suyo propio nada de lo que tenía, pues lo poseían todo en común” (Hch 4, 32).

Las relaciones entre los miembros del Cuerpo Místico, muy diferentes entre sí, se regían por la caridad y por el espíritu de comunión. Todos ellos, desde los sucesores de los Apóstoles hasta la más humilde viuda, se articulaban en una armónica convivencia que no pretendía de ninguna manera destruir los carismas o superioridades de los más dotados, ni permitía el menosprecio de los inferiores, porque, como dice el Apóstol de los gentiles: “todos nosotros, judíos y griegos, esclavos y libres, hemos sido bautizados en un mismo Espíritu, para formar un solo cuerpo. Y todos hemos bebido de un solo Espíritu. Pues el cuerpo no lo forma un solo miembro, sino muchos. [...] Dios distribuyó cada uno de los miembros en el cuerpo como quiso. Si todos fueran un solo miembro, ¿dónde estaría el cuerpo? Sin embargo, aunque es cierto que los miembros son muchos, el cuerpo es uno solo” (1 Co 12, 13-14.18-20).



Los tres estados de la única e indivisible Iglesia

Pero ese Cuerpo Místico no está constituido únicamente por la Iglesia visible, peregrina en la tierra. Como nos explica el P. Monsabré, esa Iglesia “no es más que una porción de la vasta asamblea donde se aplican de diversas maneras los efectos de la Redención; también incluye a la Iglesia triunfante y a la Iglesia purgante”.²

La Iglesia triunfante es la parte del Cuerpo Místico que ya se encuentra en la eterna bienaventuranza, última parada de nuestra caminata. Al estar junto al trono de Dios, esa asamblea de elegidos ruega constantemente por sus hermanos que aún peregrinan en el mundo.

Se denomina Iglesia purgante al conjunto de fieles que sufren en el purgatorio, expiando sus defectos y purificando sus vistas espirituales para encontrarse con Dios.

Y nosotros que, en este valle de lágrimas luchamos para conquistar, por los méritos infinitos de Jesucristo, la corona de gloria, constituimos la Iglesia militante (*Ecclesia militans*), según el término clásico que pone de relieve la necesidad de combatir en esta vida el pecado y las malas inclinaciones.

Estos tres estados de la única e indivisible Iglesia Católica están estre-

chamente unidos entre sí, como bien lo acentúa el Concilio Vaticano II: “Así, pues, hasta que el Señor venga revestido de majestad y acompañado de sus ángeles (cf. Mt 25, 31) y, destruida la muerte, le sean sometidas todas las cosas (cf. 1 Co 15, 26-27), de sus discípulos, unos peregrinan en la tierra; otros, ya difuntos, se purifican; otros, finalmente, gozan de la gloria, contemplando ‘claramente a Dios mismo, Uno y Trino, tal como es’; mas todos, en forma y grado diverso, vivimos unidos en una misma caridad para con Dios y para con el prójimo y cantamos idéntico himno de gloria a nuestro Dios. Pues todos los que son de Cristo por poseer su Espíritu, constituyen una misma Iglesia y mutuamente se unen en Él (cf. Ef 4, 16)”.³

La bienaventuranza celestial baja hasta nosotros

Para explicar las relaciones entre los miembros de la Iglesia militante y los de la triunfante, el P. Monsabré recurre a una expresiva alegoría:

“La Iglesia militante está, respecto a la Iglesia triunfante, en condiciones similares a las de un ejército que lucha en un país lejano, respecto a su patria, donde hay orden, tranquilidad y prosperidad. ¿No tiene el ejército los ojos puestos constantemente



Gustavo Krahl

En medio de las dificultades de todos los días, contamos con intercesores que velan por nosotros en todo momento

“Los precursores de Cristo con los santos y mártires”, por Fra Angélico. Detalle del retablo del convento de Santo Domingo, Fiesole. National Gallery, Londres

en su patria, de donde espera la ayuda y refuerzos necesarios para llevar a buen término su ardua campaña? ¿Se desinteresa la patria, para disfrutar de una felicidad egoísta, de las fatigas y sufrimientos de los valientes soldados que defienden el honor de su bandera? ¿No hay entre el ejército y la patria una íntima solidaridad, expresada por un confiado y generoso intercambio de oraciones y de solicitud, de votos y beneficios, hasta el día en que los victoriosos militares desfilen triunfantes entre la emocionada multitud de ciudadanos cuyo corazón estaba con ellos en tierra extranjera?”⁴

Así, la Iglesia peregrina en la tierra implora y espera de la Patria celestial su eficaz asistencia, para que un día también pueda triunfar. Sería un grave error pensar que en la eterna gloria los bienaventurados se han olvidado de sus hermanos en la tierra. Todo lo contrario, “conocen nuestras necesidades mejor que nosotros mismos, y, antes que les llegue nuestra oración, Dios los ha preparado para escucharla y atenderla”.⁵

Esta certeza de un auxilio continuo nos debe animar y, más aún, hacernos exultar de alegría. Porque sabemos que, en medio de las dificultades de todos los días, contamos con intercesores que velan por noso-

tros en todo momento. “Su fraterna solicitud contribuye, pues, mucho a remediar nuestra debilidad”, enseña el Concilio Vaticano II.⁶

Objeto de ternura de la tierra y del Cielo

Con todo, si la Iglesia peregrina se beneficia de la intercesión de los bienaventurados, también tiene una responsabilidad y una obligación: debemos rezar por los que duermen en la paz del Señor, pero aún no gozan de la visión beatífica, las almas de los fieles difuntos que se encuentran en el purgatorio.

“Restos salvados del furor de un mar fecundo en naufragios, algunos reclutas de los batallones del ejército celestial, llevando en su fisonomía, a la vez profundamente triste y profundamente tranquila, la marca de la Iglesia de donde salen y la Iglesia a donde van a entrar, los miembros de la Iglesia purgante son objeto de las ternuras de la tierra y del Cielo. Como el desafortunado Job, ellos nos gritan: ‘¡Piedad, piedad, amigos míos!’ (Jb 19, 21). Nosotros rezamos por ellos; los elegidos unen su poderosa voz a la nuestra y nos ofrecen —del tesoro de la misericordia divina que enriquecen con sus méritos— la consolación, el sosiego, la liberación”.⁷

Las leyes que regulan esa relación

Esa sinfonía producida por la permuta de bienes e intercesiones entre la Iglesia triunfante, militante y purgante se rige por dos leyes estrechamente vinculadas a la naturaleza del Cuerpo Místico.

La primera es la ley de la unidad: “Cuanto más perfecta es la unidad, más fácil, rápida y abundante es la comunicación de bienes”, explica Monsabré.⁸ Este principio del orden natural tan obvio se aplica con mayor propiedad aún en el orden sobrenatural. De esa manera, cuanto más unidos estemos a Jesucristo y a la Iglesia, más nos beneficiaremos de la comunión de los santos.

De este modo formula la segunda ley el teólogo dominico: “Cristo, principio de unidad, tiene bajo su dependencia la circulación de los bienes espirituales comunicados a cada uno de los miembros de su Cuerpo Místico”.⁹ Porque la Iglesia, como enseña el Catecismo, “no está solamente reunida *en torno a Él*: siempre está unificada *en Él*, en su Cuerpo”.¹⁰

Por lo tanto, nos cabe una sola actitud: tratar de estar siempre cada vez más unidos al divino Salvador y a su Iglesia a través de la oración, esforzándonos por vivir conforme a los Mandamientos y recurriendo a menudo a los sacramentos, prin-

principalmente al de la Eucaristía, en la que recibimos al mismo Cristo, nuestro Señor, fuente de todas las gracias.

La comunión de los bienes espirituales

La Iglesia es la asamblea de todos los santos: los del Cielo, los del purgatorio y los de la tierra. “La comunión de los santos es precisamente la Iglesia”,¹¹ afirma el Catecismo. Y explica que “la expresión ‘comunión de los santos’ tiene dos significados estrechamente relacionados: ‘comunión en las cosas santas (*sancta*)’ y ‘comunión entre las personas santas (*sancti*)’”.¹² Y a continuación añade: “*Sancta sanctis* (lo que es santo para los que son santos) es lo que se proclama por el celebrante en la mayoría de las liturgias orientales en el momento de la elevación de los santos dones antes de la distribución de la comunión. Los fieles (*sancti*) se alimentan con el cuerpo y la sangre de Cristo (*sancta*) para crecer en la comunión con el Espíritu Santo (*Koinônia*) y comunicarla al mundo”.¹³

¿Cuáles son esas “cosas santas” puestas en movimiento en la vida del Cuerpo Místico? El Catecismo nos lo indica: la comunión en la fe, de los sacramentos, de los carismas, de los bienes terrenos y de la caridad.¹⁴ El P. Monsabré las resume en tres categorías de bienes: las buenas obras, las gracias y los méritos.¹⁵

Recurramos a las oraciones de los santos

Las gracias —entendidas como el conjunto de favores y beneficios que nos son proporcionados por la vida sobrenatural— circulan por vía de intercesión, explica el docto dominico.

En efecto, el Concilio Vaticano II enseña: “Es, por tanto, sumamente conveniente que amemos a estos amigos y coherederos de Cristo, hermanos también y eximios bienhechores nuestros; que rindamos

a Dios las gracias que le debemos por ellos; que los invoquemos humildemente y que, para impetrar de Dios beneficios por medio de su Hijo Jesucristo, nuestro Señor, que es el único Redentor y Salvador nuestro, acudamos a sus oraciones, protección y socorro. Todo genuino testimonio de amor que ofrezcamos a los bienaventurados se dirige, por su propia naturaleza, a Cristo y termina en Él, que es la corona de todos los santos, y por Él va a Dios, que es admirable en sus santos y en ellos es glorificado”.¹⁶



Debemos rezar por los que duermen en la paz del Señor, pero aún no gozan de la visión beatífica

“Las almas saliendo del purgatorio por la celebración de la Misa”, por Jaume Cirera y Bernat Despuig - Museo Nacional de Arte de Cataluña, Barcelona

El Tesoro de la Iglesia

La circulación de las gracias por toda la Iglesia es de alguna manera completada por otro conjunto de bienes: los méritos. Es verdad que el mérito, en cuanto ordenado a la bienaventuranza, es estrictamente personal. No obstante, los méritos derivados de la práctica de las buenas obras están acompañados siempre de una virtud expiatoria destinada a disminuir la deuda de las penas impuestas por la justicia divina. Cuanto más penosas son nuestras buenas obras, más son imbuidas de la virtud expiatoria. Y cuanto más progresamos en el camino del bien, más se hace comunicable a los demás esa fuerza expiatoria derivada de nuestros actos, de la cual ya no tenemos necesidad.

El P. Monsabré ilustra esta doctrina con un sugerente ejemplo: “Dos hombres son igualmente desprovistos de bienes, pero uno está lleno de deudas, mientras que el otro está libre del todo. Ambos se ponen a trabajar con el mismo entusiasmo; ambos gastan sus días, sus fatigas, sus fuerzas, sus vidas; ambos son igualmente recompensados por la misma sonrisa de la fortuna. Pero, llegados al final de la labor, ¿son ricos los dos por igual? No. Uno simplemente recuperó la libertad de sus deudas, el otro posee el fruto completo de sus trabajos, con el que puede repartir generosidad a su alrededor”.¹⁷

Estos dos hombres representan al pecador y al santo. Éste, que no necesita sino expiar pequeñas faltas, acumula méritos que pueden ser aplicados en beneficio de los que aún se encuentran endeudados. El conjunto de esos méritos es llamado Tesoro de la Iglesia.

Dentro de ese tesoro son puestos a nuestra disposición los méritos infinitos del Señor que “siendo rico, se hizo pobre por vosotros para enriqueceros con su pobreza” (2 Co 8, 9).

“Si un miembro sufre, todos sufren con él; si un miembro es honrado, todos se alegran con él”

“Alegoría de la Iglesia militante y triunfante y de la Orden dominica”, por Andrea de Bonaiuto - Iglesia de Santa María de Novella, Florencia



La obligación de dar buenos ejemplos

Gracias y méritos van acompañados de un tercer conjunto de bienes: las buenas obras, que son puestas en circulación en la comunión de los santos por la vía del ejemplo y de la imitación.

Tenemos, en primer lugar, el supremo ejemplo de Cristo, que se hizo hombre y nos señaló el camino que Él mismo recorrió. Debajo, pero incomparablemente muy por encima de todos los bienaventurados, el de la Virgen María. Y el de los santos, verdaderas estrellas que nos indican la dirección a seguir para llegar a la gloria celestial.

Sin embargo, este último conjunto de dones de la comunión de los santos implica un compromiso de todos nosotros, miembros del Cuer-

po Místico: también estamos obligados a dar buenos ejemplos. Nuestra vida entera debe ser un reflejo de lo que creemos. Por consiguiente, nuestros actos son mucho más importantes de lo que nos pueden parecer, porque además de incrementar el Tesoro de la Iglesia, deben servir de poderoso estímulo para que los demás practiquen el bien.

No estamos solos en el camino hacia el Cielo

“¡Oh, la comunión de los santos: qué mundo maravilloso!”¹⁸ Bien puede ser nuestra esta exclamación del Papa Pablo VI, porque la consideración de esta verdad de fe abre ante nosotros un grandioso panorama: el más insignificante de nuestros actos, hecho con caridad, reper-

cute en provecho de todos los fieles, vivos o difuntos; y, en sentido opuesto, cualquier pecado pesa negativamente en esa comunión.¹⁹

Nos dice el Apóstol: “Ninguno de nosotros vive para sí mismo y ninguno muere para sí mismo” (Rm 14, 7). Y especifica. “Si un miembro sufre, todos sufren con él; si un miembro es honrado, todos se alegran con él” (1 Co 12, 26).

No estamos, por tanto, solos en el camino hacia el Cielo: los santos nos acompañan en nuestras dificultades. Tratemos de beneficiarnos cada vez más de este magnífico tesoro, sin olvidarnos de que tenemos también un deber con la Iglesia. Así podremos aclamar no sólo con los labios, sino sobre todo con la vida: “Creo en la comunión de los santos”. ✧

¹ Como explicaba el Papa Benedicto XVI, el título de “Cabeza” tiene dos significados. Primero: Cristo es “el gobernante, el dirigente, el responsable que guía a la comunidad cristiana como su líder y su Señor”. Segundo: “Él es como la cabeza que forma y vivifica todos los miembros del cuerpo al que gobierna”. Es decir, “no es sólo uno que manda, sino uno que orgánicamen-

te está conectado con nosotros, del que también viene la fuerza para actuar de modo recto” (cf. *Audiencia general*, 14/1/2009).
² MONSABRÉ, OP, Jacques-Marie-Louis. *Exposition du Dogme Catholique: gouvernement de Jésus-Christ*. 9.^a ed. París: P. Lethielleux, 1882, pp. 294-295.
³ CONCILIO VATICANO II. *Lumen gentium*, n.º 49.

⁴ MONSABRÉ, op. cit., pp. 308-309.
⁵ Ídem, p. 310.
⁶ CONCILIO VATICANO II, op. cit, n.º 49.
⁷ MONSABRÉ, op. cit., p. 314.
⁸ Ídem, p. 295.
⁹ Ídem, p. 423.
¹⁰ CCE 789.
¹¹ Ídem 946.
¹² Ídem 948.
¹³ Ídem, ibídem.

¹⁴ Cf. Ídem 949-953.
¹⁵ Cf. MONSABRÉ, op. cit., p. 423.
¹⁶ CONCILIO VATICANO II, op. cit., n.º 50.
¹⁷ MONSABRÉ, op. cit., pp. 328-329.
¹⁸ PABLO VI. *Homilía en la solemne beatificación de los mártires de Corea*, 6/10/1968.
¹⁹ Cf. CCE 953.



Dos semanas de misión en el corazón de África

Cuando, de regreso a Canadá, el avión despegaba en el aeropuerto de Kigali, el corazón de los misioneros latía ya con añoranzas de las manifestaciones de fe allí presenciadas.

François Boulay



País montañoso con un clima templado, a pesar de estar situado en pleno corazón de África, Ruanda se hizo tristemente famosa a mediados de los años 90, debido a las masacres que llevaron a la muerte a casi un millón de habitantes. La población de esa antigua colonia belga, en su mayoría católica, aún sufre las secuelas de ese conflicto armado,

aunque trata de superar las dificultades del día a día con admirable espíritu de fe, ánimo y gallardía.

Durante siete años, Emmanuel Batagata, cooperador de los Heraldos del Evangelio, ha estado haciendo en diversas ciudades de ese país de once millones de habitantes un intenso trabajo de divulgación del Apostolado del Oratorio. Y como, gracias a la Santísima Vir-

gen, los frutos han sido abundantes, insistía frecuentemente en la necesidad de una visita de los misioneros heraldos para consolidar y estimular la devoción de los numerosos grupos del Oratorio que allí se han formado.

Es lo que ocurrió el 26 de junio, cuando el que escribe estas líneas y otro heraldo canadiense, el Hno. Joseph Bassi, emprendieron un lar-

go viaje hasta Kigali, junto con una valiosa compañía: la imagen peregrina de Nuestra Señora de Fátima. El mismo día de nuestra llegada comenzamos las actividades y llevamos a la celestial visitante al seminario menor San Vicente de Paúl, en el que 270 jóvenes se preparan para el ministerio sacerdotal.

Seguida siempre por un gran número de devotos

A continuación nos fuimos hacia Rango, al sur del país, donde la imagen peregrina fue fervorosamente acogida en el Colegio Salesiano y en otros centros escolares de los alrededores. Seguida siempre por un gran número de devotos, la Virgen

visitó las casas de los participantes del Apostolado del Oratorio.

Las Misas diarias del párroco de Rango, el P. Gaspar Nteziryayo, SDB, suelen ser muy concurridas, especialmente por niños y jóvenes. Después de la Misa celebrada el día de la misión, rodearon a los Heraldos del Evangelio para pedirles medallas y estampas y hacerles miles de preguntas sobre el carisma de esa institución eclesial.

Escenas idénticas se repitieron en la ciudad de Mubumbano, donde la imagen peregrina fue llevada a la parroquia de Nyumba. Estuvo igualmente en numerosos hogares, acompañada en el recorrido por buena parte de la población, que desborda-

ba su alegría cantando sin parar durante horas. Más de cincuenta jóvenes de esa localidad manifestaron su deseo de ser admitidos en los Heraldos del Evangelio.

Conmemorando el séptimo aniversario del Oratorio en el país

En la fiesta de los Apóstoles San Pedro y San Pablo, el 29 de junio, se cumplían siete años del Apostolado del Oratorio en Ruanda. La fecha fue conmemorada con una solemne Eucaristía en la iglesia principal de Rango. Varios parroquianos no dudaron en recorrer a pie una distancia de 20 kilómetros para participar en la fiesta. La animación del acto litúrgico estuvo a cargo de un coro



En Rango, los misioneros visitaron el Colegio Salesiano y otras escuelas cercanas (foto 1) y llevaron a la imagen de la Virgen a las casas de los alrededores, seguida por numerosos devotos (foto 2). En Muhondo, se crearon cuatro nuevos grupos del Apostolado del Oratorio (fotos 3 y 4)



En Vumbi, tras recorrer la localidad visitando numerosos hogares (fotos 1 y 2), los misioneros se encontraron con una iglesia abarrotada de gente que deseaba conocer mejor al carisma de los Heraldos (foto 3). Durante el camino les paraban continuamente para pedirles oraciones y objetos religiosos (foto 4)

de 60 jóvenes que reciben mensualmente en su casa el Oratorio del Inmaculado Corazón de María, algunos de los cuales necesitan recorrer un largo camino para poder asistir a los ensayos rutinarios.

En esa ocasión también se realizó la ceremonia de entrega del Oratorio a los coordinadores de los grupos recién creados, junto con la capa color naranja que los distingue.

— ¿Qué necesito hacer para ser un Heraldo del Evangelio? — preguntaban centenares de chicos y chicas al ver a los misioneros revestidos de su hábito.

Misión en Muhondo, Tumba, Vumbi, Sahera y Kibeho

Tras un largo viaje a Muhondo, localizada al norte de la capital, llegamos a Tumba la mañana del 2 de julio, acompañados por Emmanuel Batagata y el coro de los participantes del Oratorio. La misión comenzó con una Celebración Eucarística, al final de la cual se reunió alrededor de los misioneros una multitud de jóvenes y adultos, deseosos de conocer más detalles sobre el trabajo que realizan. Entre ellos se destacó una religiosa que, emocionada, les sugirió que volvieran más veces a Ruanda para evangelizar sobre to-

do a la juventud. Como en otras localidades, también visitaron a varias familias y tuvieron la oportunidad de incentivar a gran número de jóvenes a dar testimonio de su fe mediante el ejercicio de alguna actividad apostólica.

La tarde de ese día estuvo dedicada a una misión en Vumbi. En esta población rural de difícil acceso, los misioneros se conmovieron al observar la piedad verdaderamente impresionante de los fieles que llenaban la pequeña iglesia. Muchos de ellos suelen recorrer a pie cerca de 10 kilómetros para participar en la Santa Misa.



Los 60 integrantes del coro formado por Emmanuel Batagata, que además participan en el Apostolado del Oratorio, cantaron en las celebraciones del Primer Sábado en el santuario de Kibeho (fotos 1 y 2) y también en la Misa y procesión de clausura en Rango (foto 3 y 4), cuya distancia entre ambas localidades recorrieron a pie

En la localidad de Sahera —próxima a Rango, una de las comarcas más pobres y sufridas del país— se formó una auténtica procesión, con cantos y bailes en torno a la Virgen Santísima que fue festivamente llevada a muchos hogares de los alrededores.

El primer sábado del mes, el 6 de julio, nuestras actividades se dirigieron hacia el Santuario de *Nyina wa Jambo* (Madre del Verbo), en la ciudad de Kibeho, a 30 kilómetros de Rango, para realizar una ceremonia en honor de la Virgen Madre de Dios en ese lugar donde Ella se dignó manifestar su afecto por el pueblo

ruandés por medio de diversas apariciones, entre 1981 y 1983. Los infatigables jóvenes del coro formado por Emmanuel Batagata hicieron a pie el trayecto de ida al santuario, embellecieron la ceremonia y regresaron a sus casas de la misma manera.

Despedida en Rango y Kigali

Con ocasión de la Misa dominical en Rango, el 8 de julio, los fieles se esmeraron en hacer una ceremonia festiva, con bailes y entrega de regalos a los misioneros heraldos. Tras la celebración, aún nos fue posible aprovechar algunos momentos para visitar la casa de los Misio-

neros de la Paz de Cristo Rey, que cuidan a niños deficientes. Enseguida salimos hacia Kigali, donde permanecemos una noche antes de regresar a Canadá.

Cuando, después de casi dos semanas de intensas actividades, se cerraba la puerta del avión y se oía el rugido de los motores, empezaban a desfilarse por nuestras mentes los recuerdos de esos bendecidos días de misión. Y en el momento del despegue nuestros corazones latían ya con añoranzas de las manifestaciones de fe presenciadas en ese país tan sufrido y al mismo tiempo tan lleno de vida. ✧



Maceió – Centenares de cooperadores de los Heraldos y participantes en el Apostolado del Oratorio llenaron la iglesia del Niño Jesús de Praga el pasado 25 de mayo durante una Celebración Eucarística, presidida por el P. Celio Casale, EP, en honor de la Santísima Virgen. También acudieron delegaciones de Marechal Deodoro y Marimondo.



Maringá – El 20 de junio, el conjunto musical de los Heraldos hizo una presentación en la 3ª Compañía de la Policía Militar Ambiental de Paraná, en homenaje a su nuevo comandante, el teniente coronel Chehade Elías Geha. Y el 23 de junio participó en las conmemoraciones del 60 aniversario de la Cámara Municipal.



Corpus Christi – Los Heraldos participaron en las conmemoraciones de Corpus Christi promovidas en diversas ciudades por las respectivas iglesias locales. En Campo Grande, acompañaron al arzobispo, Mons. Dimas Lara Barbosa, en la visita a los enfermos de la Santa Casa (a la izquierda). Y en Salvador de Bahía, los cooperadores encabezaron la procesión por el centro de la ciudad (a la derecha).

Benissa recibe a la Virgen



1



2



3



4



5



6

A principios de junio, la imagen peregrina del Inmaculado Corazón de María visitaba el municipio de Benissa, en la provincia de Alicante. El primer día de la misión coincidió con la Solemnidad de Corpus Christi, en cuya tradicional procesión por las calles participaron los Heraldos.

Uno de los momentos más emotivos fue el acto de consagración al Inmaculado Corazón de María, que tuvo lugar el día de su fiesta en la parroquia de la Purísima Xiqueta (fotos 1 y 2). Tras la Celebración Eucarística,

presidida por el párroco, D. José Tomás Sala, se realizó una procesión de antorchas, rezando el Rosario, desde el templo parroquial hasta la iglesia conventual de los franciscanos (fotos 3 y 4).

El arzobispo de Valencia, Mons. Carlos Osoro, que se encontraba de visita pastoral en la localidad, bendijo la Misión Mariana que estaban realizando. Los vecinos de Benissa abrieron de par en par las puertas de sus casas y comercios a la Reina del Cielo con mucho entusiasmo y fervor (fotos 5 y 6).



Italia – Los Heraldos participaron en las procesiones de Corpus Christi de Venecia y Roma. En la primera, foto de la izquierda, portaron el palio bajo el cual el Patriarca, Mons. Francesco Moraglia, llevaba al Santísimo Sacramento por la plaza de San Marcos. Y en la Ciudad Eterna, a la derecha, encabezaron la procesión que recorrió la Vía Merulana.



Colombia – Una multitud de fieles acudió a la tradicional procesión del Sagrado Corazón de Jesús realizada en Medellín, el 9 de junio. A continuación fue celebrada la Misa presidida por Mons. Ettore Balestrero, Nuncio Apostólico en Colombia, y concelebrada por Mons. Ricardo Tobón Restrepo, arzobispo metropolitano.



Ecuador – En Cuenca, los Heraldos visitaron la parroquia de San Carlos Borromeo, de Ricaurte, a fin de dar reuniones preparatorias para la consagración a la Santísima Virgen (a la izquierda). También promovieron la visita de la imagen peregrina del Inmaculado Corazón de María a la parroquia de Nuestra Señora del Carmen, en el barrio Miraflores (a la derecha)..

México: Mes de María en los colegios

Con motivo del mes dedicado a la Virgen, misioneros heraldos llevaron a la imagen peregrina del Inmaculado Corazón de María a numerosas instituciones de enseñanza del Distrito Federal. De esas visitas, cabe destacar la devoción con la que 600 alumnos del Instituto Pinecrest recibieron a la Madre de Dios. En el Colegio Fran-

cés del Pedregal, los 700 estudiantes hicieron largas colas para besar a la imagen peregrina. Y en el Colegio La Salle de Seglares, fue necesario dividir por turnos a sus 1.200 alumnos para que todos pudieran venerarla de cerca. Cabe mencionar, finalmente, las visitas hechas a los más pequeños de las guarderías Kinder Grove y Kinder Alpine.



Instituto Pinecrest



Colegio Francés del Pedregal



Instituto Pinecrest



Colegio La Salle de Seglares



Kinder Alpine



Kinder Grove



“San Juan Berchmans y San Luis Gonzaga” - Iglesia del Sgdo. Corazón (PP. Jesuítas), Barcelona (España)

SAN JUAN BERCHMANS

Ser santo... en poco tiempo

Superó con admirable serenidad todas las decepciones humanas y realizó su noble ideal sobrenatural: la santidad, en los caminos de su fundador.



Hna. Juliane Vasconcelos Almeida Campos, EP

Cuando Santo Tomás le preguntó al Señor qué dirección debían tomar sus discípulos para seguir sus pasos, Jesús no indicó otro camino que Él mismo: “Yo soy el camino, la verdad y la vida” (Jn 16, 6). De este modo, el Maestro les enseñaba que Él personificaba la doctrina que predicaba. En este sentido, algo parecido se puede decir de los fundadores de las órdenes religiosas, cuya espiritualidad propia a cada carisma es la senda por donde sus hijos deben ir para cumplir su vocación.

Ejemplo paradigmático de ello fue San Ignacio de Loyola, que anheló la santidad con todo su corazón y supo “formar la mentalidad de sus seguidores de acuerdo con lo que adquirió de la Iglesia, encaminándolos hacia la perfección. Y los jesuitas, a su vez, buscaban conformarse a San Ignacio, y no pocos alcanzaron de hecho la heroicidad de virtudes”.¹ Uno de ellos fue San Juan Berchmans.

Una seria concepción de la vida desde su infancia

Primogénito de cinco hermanos, nació en Diest, el 13 de marzo de 1599, en el seno de una fervorosa familia católica, recibiendo el Bautismo al día siguiente. Las guerras, que a lo largo del siglo XVI causaron estragos en toda la región de los Países Bajos, no perdonaron a los ilustres Berchmans de caer en la pobreza. Su padre, curtidor de pieles, llegó incluso a tener que ejercer el humilde oficio de zapatero, mientras su madre, aquejada de parálisis, se veía obligada a guardar cama. Dadas las circunstancias, la educación del pequeño Juan y de sus hermanos fue encomendada a unas tías religiosas. El hecho de haber conocido de cerca las dificultades por las que pasaron sus padres en el sustento del hogar le ayudó a tener, desde pequeño, “una concepción de la vida si no severa, al menos muy seria”.²

Con tan sólo 6 años de edad ingresó en el Colegio Klyne, siendo trasladado poco después a la Gran Escuela. En el camino hacia la clase, su mirada infantil contemplaba un espectáculo cotidiano de ruinas. En medio de ellas, cerca del antiguo mercado, se erguía la imponente iglesia de San Sulpicio, donde había sido bautizado. Todos los días el niño entraba a rezar. Un sacerdote le invitó a que fuera monaguillo y a partir de entonces empezó a florecer en el pequeño Juan su entusiasmo por el servicio del altar.

Cuando cumplió los 10 años, era clarísima su propensión al sacerdocio. Su madre, desapegada de su hijo, aceptó su alejamiento y fue confiado al canónigo Pierre van Emmerick, excelente educador y párroco de Notre Dame de Diest, que le proporcionó buena formación intelectual y religiosa. Con el paso del tiempo el joven se revelaba cada día más humilde y solícito, así como inteligente, aplicado y dócil.

Encuentro con la vocación religiosa

A los 13 años, debido a la difícil situación económica de la familia, su padre le llamó para que le ayudara en el trabajo. El muchacho, no obstante, le suplicó: “Padre, no me impida continuar mis estudios. Viviré a pan y agua, pero déjeme ser sacerdote”.³

La Providencia intervino a su favor: a petición de sus tías religiosas, el capellán de la comunidad lo recibió en su casa, aunque por poco tiempo, pues el canónigo Frans van Groenendonk, amigo de la familia, pensaba que tan brillante alumno debía ir a la Gran Escuela de Malinas. Sus padres accedieron y hacia allí se dirigió, hospedándose como empleado doméstico en casa del canónigo y gran cantor de la catedral de San Rombaut, el cual se haría cargo del gasto de sus estudios.

Representó un considerable cambio de horizontes ir de la rústica Diest a Malinas, ciudad importante que en aquella época tenía aires de capital. De día servía a su maestro y de noche estudiaba, a la luz de una

simple vela, en la buhardilla donde dormía. En esa rutina se iba forjando y templando la voluntad, sin macular la espontaneidad de su alma inocente.

En 1615, la apertura de un colegio jesuita en la ciudad provocó una gran evasión de alumnos de otras instituciones educativas hacia el nuevo centro docente, entre ellos Juan Berchmans, que se matriculó en el curso de Retórica. Firme en las enseñanzas recibidas desde su infancia y ávido de una vida disciplinada, se trazó un programa de conducta, cuyos puntos principales eran: “todos los días Misa, Rosario y el Pequeño Oficio de la Santísima Virgen; la confesión semanal y —lo que era mucho para la época— la comunión cada quince días”.⁴

La lectura de la vida de Luis Gonzaga le entusiasmó; resolvió hacerse religioso y le escribió a sus padres: “después de muchas comuniones y de buenas obras preparatorias, me he decidido, e incluso he hecho voto, a servir, con su gracia, a Dios nuestro Maestro, en religión”.⁵

La primera gran prueba

Esto le causó una tremenda decepción al Sr. Berchmans, que fue hasta Malinas para impedir la realización de los propósitos de su hijo. Si por lo menos se doctorase en la Universidad de Lovaina, podría ayudar a la familia. Haciendo valer su autoridad, llevó a Juan a los padres capuchinos y les pidió que examinaran la autenticidad de su vocación. Sin embargo, no pudieron dejar de reconocer el llamamiento divino y animaron al joven en su intento. Aún hubo intercambio de cartas entre Malinas y Diest, pero el tiempo apaciguó los ánimos. Había sido vencida su primera gran prueba.

Juan concluyó el curso de retórica como primer alumno y, con 17 años, llamó a la puerta del noviciado de la Compañía de Jesús. Su corazón latía de ardor misionero: quería ir al encuentro de los hijos de San Ignacio en las lejanas tierras de la India, de Japón, de la China y de las Américas; y con ese objetivo deseaba estudiar para conocer con profundidad la belleza de los tesoros de



En Diest, cerca del antiguo mercado, se yergue la imponente iglesia de San Sulpicio, donde todos los días el niño entraba a rezar

A la izquierda, la iglesia de San Sulpicio; a la derecha, la casa natal de San Juan Berchmans, en Diest (Bélgica)

la doctrina de la Iglesia, llegando a ser un notable teólogo. Se sentía tan feliz por haber sido admitido como novicio jesuita que lloró de alegría.

El Hno. Hilarius

En el noviciado, la rigurosa disciplina espiritual labrará su personalidad, poniéndole en sus manos las riendas de su alma. Una fe intrépida y una fidelidad inquebrantable a la Regla, unidas a una refinada delicadeza de corazón, brillarán en toda su persona.

Tras un año de noviciado, su superior le confió el cargo de prefecto de postulantes. Cuando era necesario imponer una tarea desagradable, lo solicitaba con una palabra tan amable y una sonrisa tan franca que se hacía imposible resistir. Y si tenía que reprimir a alguien, no abordaba nunca al otro sin haber rezado antes.

Sus compañeros lo llamaban el Hno. Hilarius —del latín “alegre”—, porque rechazaba enérgicamente cualquier sombra de tristeza o melancolía. Su gran mortificación consistía en la vida común, en la doble acepción del término: lo cotidiano y la eximia fidelidad a la Regla en todos los actos de la comunidad, en perfecta y continua obediencia.

En septiembre de 1618 hacía su profesión solemne y así le escribía a su padre: “Moriré en la cruz de Jesús sujeto por los tres clavos de la pobreza, de la castidad y de la obediencia. Cuán dulce es morir en la Compañía de Jesús, en los brazos de Jesús. Alegraos: vuestro hijo vivirá en esta muerte y vivirá feliz”.⁶

Defensor de la Inmaculada Concepción

A pesar de su firmeza, experimentaba el miedo espiritual de no perseverar en su vocación, que en realidad era desconfianza de sí mismo. Junto a la Virgen es donde en-

cuentra la paz. “Si amo a María, estoy seguro de mi salvación, de mi perseverancia en el estado religioso, y obtendré de Dios todo lo que quiero”.⁷ Y lo que quería no era sino la santidad.

Aún en el noviciado pronunciaría un voto de devoción a la Santísima Virgen según una costumbre de la época. Y en el último año de su vida, en 1620, escribió de su puño y letra un nuevo voto en defensa de la Inmaculada Concepción, firmándolo con su propia sangre. Este documento se conserva hasta hoy en un relicario en el Colegio San Juan Berchmans, de Bruselas.

Según el cardenal Juan de Lugo, jesuita y eminente teólogo contemporáneo del santo, la promulgación del decreto del 24 de mayo de 1622 —en el que el Papa Gregorio XV prescribió: “nadie afirme de palabra o por escrito, pública ni privadamente, bajo pena y censura gravísima, nada contrario a la [Inmaculada] Concepción”—,⁸ se había conseguido “no sin la influencia sobrenatural del que fue joven estudiante de los jesuitas en Roma”.⁹ Dicho decreto fue un importante paso para la solemne proclamación del dogma que dos siglos y medio más tarde haría el Beato Pío IX.

En el Colegio Romano

En el mismo año en el que hizo los votos solemnes, su superior le mandó a estudiar Filosofía en el Colegio de Antuerpia. Sin embargo, su inteligencia y aplicación determinaron al padre provincial a trasladarlo al Colegio Romano, actual Universidad Gregoriana.

Aquí el alma se le inundó de alegría: le habían asignado la celda del Beato Luis Gonzaga. Coincidencia... ¿o Providencia? Su llegada causó una fuerte impresión a profesores y alumnos. Entre éstos se comentaba: “Ha llegado un pequeño flamenco que parece un ángel”.¹⁰ Ahora su

única obligación era estudiar y se dedicó a ello con todas sus fuerzas.

Ánimo y alegría en la enfermedad

Al comienzo de su vida religiosa se preguntaba: “¿Cómo, con tantos medios que me van a ser ofrecidos, no llegar a la más alta santidad?”. Y, proféticamente, decía: “Si no me santifico en mi juventud, los años no me aportarán la santidad”.¹¹ El Señor le concedió la gracia de llegar al heroísmo de las virtudes con tan sólo 22 años de edad.

Se consideraba un pecador y se sometía a austeras privaciones en materia de alimento. ¿Cómo extrañarse de que eso, sumado a tantos esfuerzos intelectuales y morales, no le debilitase su salud? Así pues, a finales de 1620, Juan se vio enfrente de la enfermedad.

Mientras ésta minaba su cuerpo, libraba una gran batalla interior para mantener la serenidad. Su diario de apuntes personales revela la tremenda aridez por la que estaba pasando. A mediados de diciembre, Dios le recompensa su severidad para con él mismo concediéndole una gran consolación, “un río de paz”.¹² El último día del año reconoce su progreso en el completo abandono en las manos del Creador: “No creo que esté apegado a algo”.¹³ Y en abril siguiente manifiesta su entera impasibilidad en lo que respecta a su salud: “Antes morir que estar obligado, por la preocupación por mi salud, a renunciar a algo del ideal de santidad al que Dios me llama”.¹⁴

Aunque debilitado, se presentó en julio al examen final del año de Filosofía, con gran éxito. Y a principios de agosto, designado por sus superiores, representó al Colegio Romano en la defensa de su tesis en el Colegio Griego. Se desarrolló tan brillantemente que el auditorio lo aclamó encantado. Al día siguiente, preso por una violenta fiebre, fue

llevado a la enfermería, de donde ya no salió.

Integridad de alma hasta el final

La inquietud reinaba en el Colegio Romano: profesores, alumnos e incluso los médicos se mostraban conmovidos.

El 10 de agosto se agravó el mal del joven Berchmans. Las visitas se sucedían y el enfermo consolaba a los visitantes, hablándoles de las alegrías del Cielo. A la madrugada siguiente recibió el Santo Viático e improvisó una profesión de fe. Se le administró la extremaunción y, según la costumbre de la Compañía, se acusó públicamente de las faltas contra la Regla, tranquilo e imperturbable. Sin embargo, al oído le confió al padre rector que su gran consolación era la de no haber cometido nunca un pecado venial deliberadamente durante su vida de religioso.

Se adentraba en la última noche. El santo enfermo empezó a agitarse y gritó de repente, con la fisonomía alterada: “¡No! ¡No! ¡No lo haré! ¡Eso nunca... mil veces no! Atrás Satanás”.¹⁵ Misterio del combate final... Todos los presentes redoblaron las oraciones y aspergían la cama con agua bendita. Empuñando un rosario y un crucifijo, Juan dijo: “He aquí mis armas”.¹⁶ Abrió a continuación el libro de la Regla y rezó con piedad la fórmula de los votos, omitiendo las palabras “a fin de pa-



Sergio Holmamm

“Antes morir que estar obligado a renunciar a algo del ideal de santidad al que Dios me llama”

“San Juan Berchmans”
Parroquia de los PP. Jesuítas, París

sar en ella el resto de mis días”. Estaba en la plena posesión de su conciencia.

Era el 13 de agosto de 1621. Amanecía y el padre rector, como necesitaba salir para celebrar Misa, se acercó al lecho del moribundo y le rogó que no se muriese antes de su regreso. El Hno. Juan asintió, como signo de obediencia. Y cuando volvió, el santo manifestó una vez más la alegría de haber obedecido y le pidió que los presentes rezasen la Letanía de la Virgen. Eran alrededor de las 8 de la mañana y sus últimas palabras fueron Jesús y María. En las advocaciones *Sancta Virgo Virginum* y *Mater Castissima*, inclinó su cabeza, en señal de veneración, y expiró con la mirada puesta en el crucifijo.

Una multitud afluyó al Colegio Romano para rendirle el último homenaje. Su sotana fue hecha pedazos. Dos veces tuvieron que vestir el cadáver. Todos querían una reliquia del santo jesuita. Un ciego recuperó la vista y las gracias se multiplicaron. El Papa León XIII lo canonizó el 15 de enero de 1888.

San Juan Berchmans pasó con admirable serenidad por todo lo que se puede llamar de decepciones humanas: no tuvo tiempo de ser misionero, ni fue el gran teólogo anhelado. Pero realizó plenamente su ideal sobrenatural: “Quiero ser un santo, un gran santo y en poco tiempo”.¹⁷ ✧

¹ CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. Santo Inácio de Loyola. Alma repleta de lógica e enlevo. In: *Dr. Plinio*. São Paulo. Año IX. N.º 100 (Julio de 2006); p. 62.

² HOORNAERT. Introduction. In: LIOBA, Marie. *Le vrai visage de Saint Jean Berchmans*. Bruges: De la Vigne, 1962, p. 18.

³ LIOBA, op. cit., p. 36.

⁴ Ídem, p. 40.

⁵ Ídem, p. 42.

⁶ Ídem, p. 48.

⁷ Ídem, pp. 50-51.

⁸ REYES PEÑA, Mercedes de los. Un pasquín anti-inmaculista en la Sevilla del primer tercio del siglo XVII. In: REYES CANO, Rogelio; REYES PEÑA, Mercedes de los; WAGNER,

Klaus (Eds.). *Sevilla y la literatura: homenaje al Profesor Francisco López Estrada en su 80 cumpleaños*. Sevilla: Universidad de Sevilla, 2001, p. 143.

⁹ GONZÁLEZ VILLANUEVA, Joaquín. San Juan Berchmans. In: ECHEVERRÍA, Lamberto de; LLORCA, Bernardino; REPETTO BETES, José Luis. *Año Cristiano*. Ma-

drid: BAC, 2005, v. VIII, p. 418.

¹⁰ LIOBA, op. cit., p. 57.

¹¹ Ídem, p. 73.

¹² Ídem, p. 76.

¹³ Ídem, p. 77.

¹⁴ Ídem, p. 78.

¹⁵ Ídem, p. 90.

¹⁶ Ídem, íbidem.

¹⁷ Ídem, p. 47.



Doña Lucilia en 1929,
con su nieta María Alice

“Queremos las historias de tía Lucilia...”

Los cuentos maravillosos son indispensables para refinar el sentido artístico de los niños, elevar su espíritu, aguzarles la perspicacia y estimularles sanamente la imaginación. Doña Lucilia sabía narrarlos con notable tacto y buen gusto.

Todos los jueves por la noche la mayor parte de la familia se reunía en la residencia de doña Gabriela donde tenía lugar una larga y ceremoniosa cena. Los niños comían aparte, en una estancia secundaria, y naturalmente acababan antes que sus padres y sus tíos. En este momento era cuando los chiquillos, que llenaban la casa, llamaban a doña Lucilia:

— ¡Queremos las historias de tía Lucilia! ¡Queremos las historias de tía Lucilia!

A pesar de ser muy cariñosa, hacía valer el principio de que los más pequeños no debían interrumpir a los mayores. Así pues, no podían entrar en el comedor hasta que los adultos no terminasen. Desde fuera, a través de la puerta entreabierta, los niños hacían carantoñas a doña Lucilia para que fuese enseguida con ellos. Pero no les respondía y continuaba comiendo tranquilamente. Cuando ya había terminado les decía muy complacida:

— Vamos al despacho y os cuento una historia.

La habitación quedaba abarrotada de niños, todos contentísimos...

Los maravillosos cuentos de hadas

Mientras en el comedor los adultos seguían hablando sobre temas de actualidad, doña Lucilia se recostaba en un diván del despacho de su esposo y los pequeños, literalmente, trepaban a su alrededor, incluso detrás de su cabeza.

Para doña Lucilia, la preservación de la inocencia no era sinónimo de mantener indefinidamente a los niños en la infantilidad. Al contrario, procuraba que dicha preservación les ayudase a madurar su espíritu, y con ese objetivo modelaba los cuentos de hadas, lo que constituía uno de los principales atractivos de sus historias.

La inocencia lleva al alma infantil a verlo todo en proporciones fabulosas. Los cuentos maravillosos son indispensables para refinar el sentido artístico, elevar el espíritu, aguzar la perspicacia y estimular sanamente la imaginación. Doña Lucilia sabía narrarlos con notable tacto y buen gusto,

y evitaba que los niños se pusieran como participantes de la trama, llevándolos a deleitarse con la felicidad de los demás y a encantarse con la existencia de la perfección en todos sus aspectos: moral, cultural y artístico. Así, cuando chocasen con la vulgaridad de la vida, entenderían que no debían olvidarse de los hermosos ejemplos de los cuentos de su infancia.

El gato con botas, el Marqués de Carabás y La Cenicienta

El fino sentido psicológico de doña Lucilia le proporcionaba un adecuado conocimiento de sus hijos y de sus sobrinos. Tras haber discernido lo que más necesitaban, lo involucraba en la literatura con mucha habilidad. A fuerza de quererlos, acababa ajustando los cuentos a sus mentalidades y a sus buenos deseos.

Así, por ejemplo, en el cuento de *El gato con botas*, resaltaba que el Marqués de Carabás se había convertido en propietario de un inmenso y soberbio castillo. Y su hermoso carruaje multicolor, conducido por

mayorales impecablemente vestidos con la librea propia de su casa y tirado por fogosos corceles, atravesaba extensos y dorados trigales, mientras el sol, al pasar por sus abombados cristales, producía bellos reflejos...

A medida que avanzaba el carruaje, una suave brisa hacía que los trigales se doblaran levemente, dando la impresión de que se inclinaban como cortesanos que querían reverenciar al marqués, su señor, al verlo pasar.

Doña Lucília descubría a sus jovencísimos oyentes la belleza de la caridad, al contarles que el Marqués de Carabás llevaba consigo una linda bolsa repleta de monedas de oro para distribuirlas con magnanimidad entre los campesinos que respetuosamente lo saludaban por el camino. Después explicaba cómo éstos, con veneración, agradecían la dádiva del marqués. Para Plinio, insaciable en su deseo de conocer los modos de ser, las costumbres e incluso los objetos personales del noble marqués, doña Lucília no dejaba de añadir un nuevo detalle cada vez que narraba el cuento. Así, si su hijo le preguntaba:

— Mamá, ¿la bolsa del marqués tenía flecos?



Edith Petticlerc

En el cuento de “El gato con botas”, resaltaba que el Marqués de Carabás se había convertido en propietario de un inmenso y soberbio castillo

— Sí, *filhão*, los hilos eran muy finos y muy bonitos...

— Y, mamá, ¿alguna piedra adornaba la bolsa?

— Claro que sí, hijo mío. El cierre tenía un bello topacio dorado, que contrastaba con el cuero oscuro de la bolsa.

Otra noche salía a relucir el cuento de *La Cenicienta*, muchacha huérfana de madre, cuya madrastra era una malvada. Doña Lucília describía los defectos morales de esa arpía, que a menudo le pegaba a su hijastra por envidia de sus dotes. E infundía pena en los niños por la infeliz muchachita que había perdido a su buena madre. A lo largo del cuento narraba, con abundancia de detalles, la escena en que los servidores del príncipe le probaban a la Cenicienta el zapato de cristal, mientras la envidiosa madrastra trataba de impedirlo... Delineaba el cuadro de una joven glorificada, después de salir de una profunda humillación. De esta forma, doña Lucília ayudaba a los niños a comprender las vueltas que da la vida.

Tanta atracción causaban esos cuentos que a veces un cuñado de doña Lucília se acercaba hasta el despacho y, fingiendo que leía el periódico, escuchaba embelesado aquellas maravillosas narraciones que, seguramente, le darían *saudades* de su lejana infancia. ✧

Extraído de CLÁ DIAS, EP, João Scognamiglio. *Dona Lucília*. Città del Vaticano: Librería Editrice Vaticana, 2013, pp. 201-204.



Doña Lucília

Biografía de Lucília Ribeiro dos Santos Corrêa de Oliveira, escrita por Mons. João Scognamiglio Clá Dias, EP, que la *Librería Editrice Vaticana* pronto publicará en español.

Reserve ya su ejemplar en el teléfono 902 19 90 44 o por email en correo@salvadmereina.org



Tradición y comunión eclesial

Tradición no es la simple transmisión material de lo que fue donado al inicio a los Apóstoles, sino la presencia eficaz del Señor Jesús, que acompaña y guía mediante el Espíritu Santo a la comunidad reunida por Él.



Mons. Braulio Rodríguez Plaza
Arzobispo de Toledo - Primado da España

La comunión eclesial es una aspiración siempre necesaria, uno de esos contenidos de la fe católica imprescindibles. Nuestro pasado curso pastoral ha subrayado la comunión entre los que formamos la Iglesia diocesana como un ingrediente fundamental para la buena comida que alimenta y da sabor. Recuerden que subrayábamos que la comunión de la Iglesia diocesana y la iglesia doméstica ayuda a redescubrir la fe.

La comunión eclesial es suscitada y sostenida por el Espíritu Santo, y es conservada y promovida por el ministerio apostólico, el que ejercen el Papa y los obispos en sus diócesis. Es lógico: a esta comunión la llamamos Iglesia, y abarca todos los tiempos y a todas las generaciones. Y es que tenemos una doble universalidad: estamos unidos en todas las partes del mundo, y, en segundo lugar, todos los tiempos nos pertenecen.

En esta comunión, pues, estamos unidos a los creyentes en Jesucristo en todas las partes del mundo y a todos los creyentes del pasado y los del futuro, con los que formamos una gran comunión. Y os digo, que-

ridos hermanos, que esta comunión nos es necesaria sobremanera.

Actualización permanente de la comunión

¿Quién garantiza esta unión sino el Espíritu Santo con su presencia activa en el misterio en la Historia? Él es el que asegura su realización a lo largo de los siglos. Gracias al Espíritu Paráclito, la experiencia de Jesús Resucitado, que hizo la comunidad apostólica en los orígenes de la Iglesia, las generaciones que hemos venido después hemos podido vivirla siempre en cuanto transmitida y actualizada en la fe, en el culto y en la comunión del Pueblo de Dios, peregrino en el tiempo. Por ello, nosotros ahora vivimos el encuentro con el Resucitado no sólo como algo pasado, sino en la comunión presente de la fe, de la liturgia, de la vida de la Iglesia.

La Tradición apostólica de la Iglesia consiste en esta transmisión de los bienes de la salvación, que hace de la comunidad cristiana la actualización permanente, con la fuerza del Espíritu, de la comunión que vivió la primera comunidad cristiana, la comunidad de los Apóstoles.

De modo que la Tradición se llama así porque surgió del testimonio de los Apóstoles y de la comunidad de los discípulos en el tiempo de los orígenes de la Iglesia, fue recogida por inspiración del Espíritu Santo en los escritos del Nuevo Testamento y en la vida sacramental, en la vida de fe, y a ella —a esta Tradición, que es toda la realidad siempre actual del don de Jesús— la Iglesia hace referencia continuamente como a su fundamento y a su norma a través de la sucesión ininterrumpida del ministerio apostólico, en Toledo a través de los 120 obispos que hemos servido a esta Iglesia.

“Seréis mis testigos hasta los confines de la tierra”

Jesús, en su vida histórica, limitó su misión curiosamente a la de Israel, pero dio a entender que el don no sólo estaba destinado al pueblo de Israel, sino también a todo el mundo y a todos los tiempos. Sabemos que el Resucitado encomendó de modo explícito a los Apóstoles la tarea de hacer discípulos a todas las naciones, garantizando su presencia



“La comunión eclesial es suscitada y sostenida por el Espíritu Santo, y es conservada y promovida por el ministerio apostólico”

Vista del transepto de la catedral de Toledo durante la homilía de Mons. Rodríguez Plaza

y su ayuda hasta el final de los tiempos (cf. Mt 28, 19s).

Lógicamente para que la salvación de Cristo sea universal se requiere que el memorial de la Pascua se celebre sin interrupción en la Historia hasta la vuelta gloriosa de Cristo. Nosotros sabemos que celebrar el Pan de vida es celebrar que sin la Presencia de Jesús, sin el don que Él nos hace de su vida, nuestras vidas se secan, se empobrecen, se mueren. Pero ¿quién actualizará la presencia salvífica del Señor Jesucristo mediante el ministerio apostólico de los Apóstoles y sus sucesores y a través de toda la vida del pueblo de la Nueva Alianza?

La respuesta es clara: el Espíritu Santo, según aquellas palabras de Jesús: “Vosotros sois testigos de estas cosas. Voy a enviar sobre vosotros la Promesa de mi Padre” (Lc 24, 48s). “Recibiréis la fuerza del Espíritu Santo, que vendrá sobre vosotros, y seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaria, y hasta los confines de la tierra” (Hch 1, 8). Y esta promesa, al inicio increíble, se realizó ya en tiempo de los Apóstoles: “Nosotros somos testigos de estas cosas, y también el Espíritu

Santo que ha dado Dios a los que le obedecen” (Hch 5, 32).

Un río vivo en el que los orígenes están siempre presentes

La Iglesia crece y camina, pues, “en el temor del Señor, llena de la consolación del Espíritu Santo” (Hch 9, 31). Esta permanente actualización de la presencia activa de nuestro Señor Jesucristo en su pueblo, obrada por el Espíritu Santo y expresada en la Iglesia a través del ministerio apostólico y la comunión fraterna, es lo que en sentido teológico se entiende por el término Tradición: no es la simple transmisión material de lo que fue donado al inicio a los Apóstoles, sino la presencia eficaz del Señor Jesús, crucificado y resucitado, que acompaña y guía mediante el Espíritu Santo a la comunidad reunida por Él.

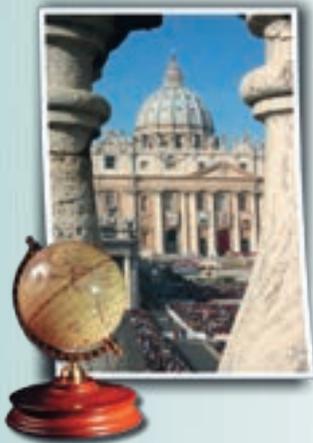
La Tradición es igualmente la comunión de los fieles en torno a los legítimos pastores a lo largo de la Historia, una comunión que el Espíritu Santo alimenta asegurando el vínculo entre la experiencia de la fe apostólica, vivida en la comunidad primera, la de los Apóstoles, y la expe-

riencia actual de Cristo en su Iglesia. Gracias a la Tradición, garantizada por el ministerio de los Apóstoles y de sus sucesores, el agua de la vida que brotó del costado de Cristo y su sangre saludable llegan a las mujeres y a los hombres de todos los tiempos.

Así, la Tradición es la presencia permanente del Salvador que viene a encontrarse con nosotros, para redimirnos y santificarnos en el Espíritu mediante el ministerio de su Iglesia, para gloria del Padre.

Resumiendo, hermanos, podemos decir que la Tradición no es transmisión de cosas o palabras, una colección de cosas muertas. La tradición es el río vivo que se remonta a los orígenes, el río vivo en el que los orígenes están siempre presentes. El río que nos lleva al puerto de la eternidad, en el que se realiza siempre de nuevo la palabra del Señor: “He aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo” (Mt 28, 20). ✧

Fragmento de la homilía pronunciada en la Solemnidad de San Pedro y San Pablo, 29/6/2013



Primer obispo autóctono de Níger

El domingo 9 de junio el P. Djalwana Laurent Lompo recibió la ordenación episcopal en Niamey, capital de Níger, pasando a desempeñar el cargo de obispo auxiliar de esa archidiócesis. Mons. Djalwana se convertía en el primer obispo oriundo de ese país africano de 12,5 millones de habitantes, que cuenta con cerca de 22.000 católicos, de los cuales sólo una cuarta parte son nigerinos de nacimiento.

La ceremonia, de tres horas de duración, fue presidida por el arzobispo Michel Cartataguy, y contó con la participación de 3.500 personas. Durante la misma fue recordada la historia de los 80 años de presencia de la Iglesia Católica en ese país.



Fernando Pío Galán

La Fundación Vaticana Joseph Ratzinger presenta sus últimas actividades

La joven e influyente *Fundación Vaticana Joseph Ratzinger – Benedicto XVI* organizó una rueda de prensa para dar a conocer las últimas actividades realizadas, entre las que destaca la organización del próximo simposio *Los evangelios: historia y cristología*. La investigación de *Joseph Ratzinger*, que será realizado

en la Universidad Lateranense de Roma del 24 al 26 de octubre.

El presidente de la fundación, Mons. Giuseppe Scotti, hizo la introducción del evento, que se realizó en el Aula Juan Pablo II de la Sala de Prensa de la Santa Sede. Seguidamente se escucharon las intervenciones del cardenal Camillo Ruini, presidente del Comité Científico de la mencionada fundación; del arzobispo Jean-Louis Bruguès, OP, bibliotecario y archivero de la Santa Iglesia y presidente del Comité Organizativo del congreso; de Mons. Luis Romera Oñate, rector de la Pontificia Universidad de la Santa Cruz y vicepresidente del referido comité de organización; y de Mons. Scotti, que también es presidente de la Librería Editrice Vaticana.

Durante el acto fueron revelados los nombres de los intelectuales que recibirán el Premio Ratzinger, calificado por algunos como el Premio Nobel de Teología. Los homenajeados son Richard Burridge, decano del King's College de Londres, y Christian Schaller, profesor de teología dogmática y vicedirector del Instituto Papa Benedicto XVI de Ratisbona. El Comité Científico de la Fundación Vaticana los ha elegido con base a rigurosos criterios de excelencia intelectual.

Obispos norteamericanos promueven oración y ayuno por los padres de familia

La Conferencia de los Obispos Católicos de Estados Unidos sugirió una forma especial de obsesquiar a los padres en su día, festejado este año el 16 de junio en ese país. Los obispos pidieron que el viernes 14 de junio, además de hacer ayuno y abstinencia, se rezase “por los padres, para que su dedicado cuidado con sus hijos pueda reflejar el amor infinito de Dios Padre”, así como por “todos los que hacen luto por la ausencia de

su padre terrenal, para que Dios Padre los reconforte”.

Esta sugerencia viene a completar una iniciativa anterior de los obispos americanos: la petición hecha a los católicos de ese país de hacer ayuno y abstinencia de comer carne todos los viernes del Año de la Fe, por intenciones relacionadas con la santidad de vida, el matrimonio y por la libertad religiosa.



Nuevo obispo auxiliar de Toledo

El pasado 28 de junio, el Santo Padre nombraba al sacerdote don Ángel Fernández Collado obispo auxiliar de la Archidiócesis de Toledo, asignándole la sede titular de Iliurgi.

Mons. Fernández Collado nació en Los Cerralbos (Toledo), el 30 de mayo de 1952. Ingresó en el Seminario Menor de Toledo, cursó estudios eclesiásticos en el Seminario Mayor San Ildefonso, de la misma localidad, y obtuvo el Bachillerato en Teología por la Facultad Teológica del Norte de España, Burgos, en 1977. Ese mismo año, el 10 de julio, fue ordenado sacerdote en la Archidiócesis Primada.

Es licenciado en Historia de la Iglesia (1984) y doctor en Teología (1990) por la Pontificia Universidad Gregoriana de Roma. También es diplomado en Archivística por la Escuela Vaticana de Paleografía (1984). Entre otros cargos, actualmente desempeña los de vicario general de la Curia Diocesana, capellán mozárabe y canónigo archivero-bibliotecario de la Catedral, profesor de Historia de la Iglesia en el Seminario Mayor y vicedirector del

Primera encíclica del Papa Francisco

La primera carta encíclica del Papa Francisco, titulada *Lumen fidei* (La luz de la fe), fue presentada en la Oficina de Prensa del Vaticano el pasado 5 de julio. El evento fue presidido por el cardenal Marc Ouellet, prefecto de la Congregación para los Obispos, acompañado por Mons. Gerhard Ludwig Müller, prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe, y Mons. Rino Fisichella, presidente del Pontificio Consejo para la Promoción de la Nueva Evangelización.

El texto que, según destacó el purpurado, había comenzado a ser preparado por el Papa Emérito Benedicto XVI, “presenta verdaderamente la fe cristiana como una luz procedente de la escucha de la Palabra de Dios en la Historia”. Por su parte, Mons. Fisichella llamó la atención sobre el “binomio luz y amor”, pues se trata de “una encíclica con una fuerte connotación pastoral en la que el Papa Francisco, con su sensibilidad de pastor, logra traducir muchas cuestiones de carácter perfectamente teológico en temáticas que pueden ayudar la reflexión y la catequesis”. Finalmente, Mons. Müller afirmó, en relación con la doble autoría



L'Osservatore Romano

Francisco y el Papa Emérito en Castelgandolfo, el 23/3/2013

del documento, que eso muestra “la sustancial continuidad del mensaje del Papa Francisco con el magisterio de Benedicto XVI”.

Instituto Superior de Estudios Teológicos San Ildefonso.

“Solamente María es capaz de salvar a este Líbano”

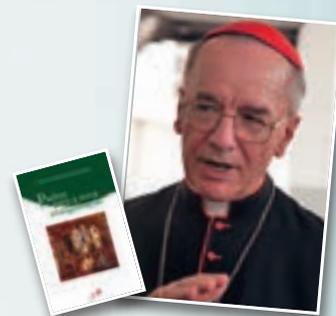
“Os imploramos, oh Madre, que aceptéis de nosotros la consagración del Líbano y del Este a vuestro Inmaculado Corazón y a vuestro santo patrocinio. Así pues, nos consagramos a Dios, a través de la acción del Espíritu Santo, siguiendo el ejemplo del Hijo Unigénito que se consagró al Padre y le fue fiel en todos sus actos y enseñanzas, para la salvación de la humanidad. Rogad por nosotros, para que podamos vivir en el pleno cumplimiento de esta consagración, arrepiéntndonos de nuestros pecados, escuchando la Palabra de Dios que es fuente de vida y renovando nuestro amor a Dios...”.

He aquí el núcleo del texto leído por Su Beatitud Bechara Boutros Rai, OMM, Patriarca de Antioquía

de los Maronitas, en el acto de consagración del Líbano y todo Oriente Medio a la Virgen. Fue realizado el domingo 16 de junio en el Santuario Nacional de Nuestra Señora del Líbano, en Harissa, a continuación de la Santa Misa, y contó con la presencia del Presidente libanés, Michel Sleiman, y del Primer Ministro, Tammam Salam. Una buena parte de los fieles que no pudo acceder al recinto sagrado se congregó alrededor de la basílica.

“Solamente María es capaz de salvar a este Líbano sacudido por las olas”, afirmó emocionado el Patriarca durante la ceremonia. El texto de la consagración finalizaba con este filial pedido. “Madre de Dios y Señora del Líbano, llena de santidad, intercede por nosotros que aceptamos en nuestro país y en Oriente las gracias que Dios concedió al mundo... para que contigo y a través de ti elevemos el himno de gloria y alabanza a la Santísima Trinidad que te

escogió a ti: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Amén”.



Timothy Ring

El cardenal Claudio Hummes publica su cuarto libro

El arzobispo emérito de São Paulo y prefecto emérito de la Congregación para el Clero, el cardenal Claudio Hummes, OFM, ha publicado recientemente el cuarto libro de su autoría, una obra destinada a los sacerdotes titulada *Padres para a Nova Evangelização*.

En declaraciones a la archidiócesis de São Paulo, reproducidas en el

sitio web de *Canção Nova*, don Claudio esclarecía el motivo de su elección: “Está claro que el Papa y los obispos son muy importantes en la Nueva Evangelización —el Papa como pastor universal y los obispos como pastores de sus diócesis—, pero los sacerdotes tienen un papel fundamental en ella porque están en el día a día en las parroquias, que es donde esa evangelización debe tener lugar”.

En el último capítulo de la obra, don Claudio se extiende especialmente sobre el tema: *Intento explicar de forma simple cómo organizar la parroquia para ello*. El cardenal insiste también que la misión nunca puede ser dada por concluida: “Puede tener puntos auge, pero nunca puede ser clausurada”. Si sólo se hace una misión de una semana o de un mes cada cinco o diez años, añadía, las personas van a pensar que no tenemos amor por ellas.



El cardenal Rodé es enviado a Eslovaquia como Legado Apostólico

El Santo Padre nombró al cardenal Franc Rodé como representante oficial para la celebración de los 1.150 años de la llegada de San Cirilo y San Metodio a Eslovaquia que tuvo lugar el pasado 5 de julio en la ciudad de Nitra. El purpurado es prefecto emérito de la Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y Sociedades de Vida Apostólica.

Al anunciar la elección del Papa, Mons. Stanislav Zvolenský, arzobispo de Bratislava y presidente de la Conferencia Episcopal de Eslovaquia, comentó con alegría: “El cardenal Rodé procede de Eslovaquia, su

origen hace que sea más fácil la aproximación para nuestra forma de pensar y vivir la fe. Encuentro la decisión del Santo Padre muy atenta y amable. Y es sabido que el cardenal Rodé ya visitó anteriormente Eslovaquia, lo que también ayuda en su misión”.

En una rueda de prensa concedida a los medios católicos a su llegada al país, el cardenal declaró que el mensaje que San Cirilo y San Metodio transmitían al siglo XXI era que “cada nación tiene derecho a su cultura, su lengua y la forma de expresar su relación con Dios”. Al ser interrogado sobre qué le comentará al Papa Francisco cuando regrese a Roma, el purpurado afirmó: “Con gran emoción le diré que vine para encontrar cristianos. No únicamente individuos o grupos, sino una nación entera que puede ser llamada cristiana”.

Alemania realiza su primer Congreso Eucarístico Nacional

Colonia fue escenario del 5 al 9 de junio del primer Congreso Eucarístico Nacional de Alemania. La gran manifestación de fe empezó con una Celebración Eucarística al aire libre, en la plaza Tänzbrunnen, situada en la margen derecha del Rin. Se siguió una procesión que atravesó el río y llegó hasta la catedral. Después de la bendición solemne, el Santísimo Sacramento fue trasladado a la iglesia de María Asunta, donde quedó expuesto para la adoración de forma continua hasta el final del congreso.

Entre las actividades, además de la frecuente celebración de la Santa Misa, y momentos de adoración, se desarrollaron charlas catequéticas, conciertos, talleres para diáconos, dirigentes pastorales y comunitarios, lectores y ministros de la Eucaristía. También hubo un foro teológico.

El punto culminante del congreso fue la Misa Pontifical, durante la cual fue meditada la divisa: “Señor, tú tienes palabras de vida eterna”.

La Misa de clausura —cuyo lema era: *Señor, ¿a quién iremos?*— fue concelebrada por 54 obispos y en ella participaron 20.000 personas, de las cuales 1.200 eran monaguillos.

El Papa recibe a Mons. Javier Echevarría en audiencia

Mons. Javier Echevarría Rodríguez, prelado de la Prelatura de la Santa Cruz y del Opus Dei, fue recibido en audiencia privada por el Papa Francisco el 10 de junio, en la Biblioteca del Palacio Apostólico Vaticano.

Durante el cordial encuentro, Mons. Echevarría le pidió al Santo Padre oraciones especiales por los nuevos países en los que la Obra ya está presente de forma estable: Sri Lanka, Indonesia, Corea del Sur y Rumania. El prelado también le transmitió al Papa las manifestaciones de “cariño y afecto de los fieles de la prelatura”, actualmente en 69 países y con aproximadamente 90.000 integrantes.

Monseñor Echevarría es miembro de la Congregación para las Causas de los Santos y del Supremo Tribunal de la Signatura Apostólica, y durante más de 20 años fue colaborador y secretario de San Josemaría Escrivá de Balaguer. También es Gran Canciller de la Universidad de Navarra, de la Pontificia Universidad de la Santa Cruz, en Roma, y de la Universidad de Piura, en Perú.



Falleció la decana de las monjas de clausura

El 11 de junio falleció a los 105 años de edad Sor Teresita, religiosa cisterciense del Monasterio de Buenafuente del Sistol, España, que tras 86 años en el convento se había convertido en la decana de las monjas de clausura.

Los Emiratos Árabes Unidos inauguran una iglesia dedicada a San Antonio

En Ras al-Jaima, emirato de 250.000 habitantes que pertenece a los Emiratos Árabes Unidos, fue consagrada el 14 de junio una iglesia de 5.000 metros cuadrados dedicada a San Antonio de Padua. La inauguración civil del edificio estuvo a cargo del mismo emir, el jeque Saud bin Kayed Al Qasimi, mientras que la ceremonia religiosa estuvo presidida por el cardenal Fernando Filoni, prefecto de la Congregación para la Evangelización de los Pueblos.

El purpurado se congratuló con los presentes afirmando que “un sueño se ha hecho realidad”. Los ritos de consagración, desde la bendición del agua hasta la unción del altar, fueron acompañados por 11.000 personas que participaron en las ceremonias, distribuidas por los vastos espacios de la iglesia. También estuvieron presentes el arzobispo Petar Rajic, nuncio apostólico en Kuwait, Bahrein y Qatar, y delegado apostólico en la península arábiga, el arzobispo Giuseppe De An-



drea, quien fuera el primer nuncio apostólico de la península arábiga, y el obispo Paul Hinder, vicario apostólico de Arabia del Sur. El cuidado pastoral de la nueva iglesia está a cargo del párroco Thomas Ampattukuzhi.

Durante la última Jornada Mundial de la Juventud, realizada en España, Sor Teresita, por entonces con 103 años, tuvo la oportunidad de saludar al Papa Benedicto XVI. En esa ocasión contó al periódico *ABC* cómo fue su entrada en el convento: “Salí de Vitoria el 15 de abril de 1927, fue a las siete de la tarde y llegamos a Madrid a las siete de la mañana del día siguiente. Desayunamos en Madrid y desde allí fuimos directamente a Sigüenza. Nuestro viaje fue todo un acontecimiento porque éramos tres las jóvenes que íbamos a entrar en el monasterio”.

Su padre, un piadoso católico que rezaba las tres partes del Rosario todos los días, fue el gran aliciente de la vocación de Sor Teresita. Tuvo una hermana que vivió en el mismo convento, pero su parentesco ya no era

mundano sino espiritual: “Una vez aquí, no hacíamos vida de hermanas de familia, sino de hermanas de comunidad. Lógicamente hablábamos de las cosas de casa, pero para nosotras era mucho más importante la comunidad que nuestra propia sangre”.

Valeriana Barajuen, su nombre en el mundo, se mantuvo lúcida hasta el último momento. Contaba que lo que más le dolía durante su período de abadesa era echar a alguna joven sin vocación. Hasta poco antes de su fallecimiento hacía su deliciosa tortilla, esa a la que “la Virgen da el sabor y San José le da la vuelta”.

Filipinas se consagra al Inmaculado Corazón de María

A las 10 de la mañana del 8 de junio, en todas las catedrales, parroquias, santuarios y capillas de Filipi-

nas fue leído el texto de la consagración del país al Inmaculado Corazón de María, *Mama Mary*, como cariñosamente la llaman los insulares.

En su carta convocando a los fieles, el arzobispo de Manila, el cardenal Luis Antonio Tagle, explicaba que la consagración forma parte de la preparación de nueve años que el archipiélago está llevando a cabo para celebrar, en 2021, el quinto centenario de la llegada de la fe católica. “Este acto estará necesariamente acompañado por la renovación de la consagración al Sagrado Corazón de Jesús, confiados en la inmensa gracia de Dios que pasa por la manos de la Santísima Virgen María hasta nosotros, sus hijos que ama”, añadió.

Por su parte, el arzobispo de Cebú y presidente de la Conferencia de

los Obispos Católicos de Filipinas, Mons. José Serofía Palma, recordaba en una carta a los preladados del país la génesis de la consagración, que se remonta a 1975, destacando “cuán profundamente la Santísima Virgen María forma parte de la herencia e identidad filipina”. Y concluía: “Que María, Madre de Dios y Madre de la Iglesia, mire a su pueblo que la ama, Filipinas, con ojos de madre y lo guíe por los caminos de la justicia, verdad y amor. Amén”.

Diócesis venezolana celebra un Congreso Eucarístico Catequético

La Diócesis de San Cristóbal, enclavada en Los Andes venezolanos, realizó del 13 al 16 de junio su II Congreso Eucarístico Catequético. La Misa de clausura se realizó en la basílica de Nuestra Señora de la Consolación, en Tárriba, presidida por el nuncio apostólico Mons. Pietro Parolín. Concelebraron el obis-

po diocesano, Mons. Mario del Valle Moronta Rodríguez, y el de la vecina diócesis colombiana de Cúcuta, Mons. Julio César Vidal Ortiz.

Durante la celebración el nuncio leyó un mensaje del Santo Padre acompañado de la Bendición Apostólica, exhortando a “tener siempre el misterio eucarístico como fuente de comunión, de ardor apostólico, de caridad y entrega a los demás, especialmente a los más necesitados”. Mons. Parolín recordó también que “la Eucaristía significa un camino de comunión y de compartir, de amistad y de entrega de sí mismo. La eucaristía es el don de una nueva relación entre Dios y los hombres, pero también entre los mismos hombres, es la posibilidad ofrecida para construir la nueva humanidad que Jesús quiere construir, para superar la división entre Caín y Abel”.

El obispo de San Cristóbal, por su parte, aprovechando la solemnidad

que la ocasión ofrecía, le hacía llegar al Papa Francisco una misiva en nombre de los participantes del congreso: “queremos reafirmar nuestra comunión con usted, Santo Padre”.



Una imagen de la Virgen del Pilar es entronizada en lo más alto de los Pirineos

Rememorando la hazaña realizada por primera vez en 1956, un grupo de 150 alpinistas entronizó una talla de la Virgen del Pilar en la cumbre del Aneto (3.404 metros), el pico más alto de los Pirineos. La expedición estaba formada por miem-

Inclusión del nombre de San José en las Plegarias Eucarísticas

Por medio de la Congregación para el Culto Divino, la Santa Sede promulgó, con fecha de 1 de mayo, un decreto que incluye el nombre de San José, patrón de la Iglesia, en las Plegarias Eucarísticas II, III y IV. Así, el fidelísimo esposo de la Santísima Virgen será mencionado en ellas después de la Madre de Dios de acuerdo con las fórmulas que reproducimos a continuación.

En la Plegaria eucarística II: “*ut cum beata Dei Genetrice Virgine Maria, beato Ioseph, eius Sponso, beatis Apostolis*” (con María, la Virgen Madre de Dios, su esposo San José, los Apóstoles y...); en la Plegaria eucarística III: “*cum beatissima Virgine, Dei Genetrice, Maria, cum beato Ioseph, eius Sponso, cum beatis Apostolis*” (con María, la Virgen Madre de Dios, su esposo San José, los Apóstoles y los mártires...); en la Plegaria eucarística IV: “*cum beata Virgine, Dei Genetrice, Maria, cum beato Ioseph, eius Sponso, cum Apostolis*” (con María, la Virgen Madre de Dios, con su esposo San José, con los Apóstoles y los santos...).

El decreto íntegro, así como las fórmulas a ser usadas en las principales lenguas occidentales, se puede consultar en la página web de dicha congregación (www.vatican.va/roman_curia/congregations/ccdds/index_it.htm).



Crustavo Kralj

Congreso internacional por la familia realizado en Perú

El Arzobispado de Lima y la Comisión Episcopal de Familia y Vida organizaron el *Congreso Internacional Familias del Siglo 21: "Protegiendo el Futuro"*, con conferencistas peruanos, de España, Estados Unidos, México, Argentina, Colombia y Ecuador. El evento fue realizado del 31 de mayo al 1 de junio en el auditorio del Colegio San Agustín y fue clausurado el domingo, día 2, con la participación en la Misa y procesión de Corpus Christi en la plaza Mayor de Lima.

Destacar la importancia de la familia en el siglo XXI como institución sagrada, elevada por el Señor a la condición de sacramento, fue el objetivo del congreso. El cardenal Juan Luis Cipriani Thorne abrió el ciclo de conferencias, entre las que cabe señalar la de Mons. José Antonio Eguren Anselmi, arzobispo de Piura y Tumbes. Al comienzo del evento se entronizó en el auditorio la imagen de Nuestra Señora de la Evangelización, patrona de la archidiócesis.



Sobre estas líneas, una vista general del auditorio del Colegio San Agustín y el momento de las intervenciones del cardenal Cipriani y de Mons. Eguren

bro del club deportivo *Montañeros de Aragón*, de la Federación de Montaña Aragonesa, de la Escuela Militar de Jaca, de la Jefatura de Montaña de la Guardia Civil, entre otros. La imagen de la Virgen esta vez fue sólidamente fijada a una columna de acero inoxidable, para evitar que nuevamente sea profanada.

20.000 fieles participan en la consagración de una iglesia en India

En una inusual manifestación de fe, veinte mil católicos se congregaron para participar en la ceremonia de consagración de la iglesia de Nues-

tra Señora Reina del Carmelo, en la ciudad de Paloncha, en la diócesis india de Khammam. La construcción del templo duró tres años y medio, y fue emprendida por la provincia de los Carmelitas Descalzos de Andhra Pradesh, la más reciente de la Orden.

La consagración se realizó el 8 de junio y fue presidida por el arzobispo de Hyderabad, Mons. Thumma Bala, acompañado por Mons. Prakash Mallavarapu, arzobispo de Visakhapatnam, por seis obispos más del estado de Andhra Pradesh, y por el padre provincial de los Carmelitas, Gorantla Johannes. También estuvieron pre-

sentes los otros provinciales carmelitas de India, así como los superiores de otras congregaciones religiosas, además de 200 presbíteros.

El interior de la iglesia es típicamente carmelita. A parte de los símbolos de la Orden, se veneran las imágenes de Nuestra Señora del Monte Carmelo, Santa Teresa de Jesús, San Juan de la Cruz y Santa Teresa del Niño Jesús. Durante la Celebración Eucarística se leyeron los mensajes del nuncio apostólico y del padre general de la Orden Carmelita, precedidos de la Bendición Apostólica del Santo Padre.

El tesoro más precioso

Sorprendidos e incrédulos, los corsarios se miraron entre sí; pero el jefe, dando ejemplo, acompañó al niño que ya se había adelantado y los precedía con paso ligero...



Hna. Clara Isabel Morazzani Arráiz, EP

El imponente barco avanzaba a toda vela, destacándose en el límpido horizonte de aquella tarde de verano, mientras se acercaba rápidamente a la costa de la isla. En lo alto del mástil ondeaba la temible bandera negra. No había duda: los piratas iban a desembarcar.

Con la agilidad de un gato, Juanito, el pequeño indígena, bajó del promontorio rocoso donde se encontraba contemplando el hermoso panorama del mar del Caribe, y se fue en dirección a la aldea. Se acordaba muy bien de las advertencias que tantas veces había recibido sobre esos “tigres de los mares”. Su padre, Antonio, era el sacristán de la única iglesia del poblado y estaba encargado de tocar las campanas si amenazaba algún peligro, para avisar a los habitantes que debían huir. Pero, para colmo de males, justo ese día, Antonio no estaba. Había salido

temprano, antes del amanecer, para acompañar al párroco que iba a administrar los últimos sacramentos a un moribundo de un pueblo del interior de la isla.



En lo alto del mástil ondeaba la temible bandera negra: los piratas iban a desembarcar

A pesar de tener tan sólo ocho años, Juanito era valiente y decidido; enseguida se dio cuenta de que la responsabilidad por la seguridad de sus conciudadanos pesaba sobre sus frágiles hombros. Había sido el primero en divisar el barco y, sobre todo, en la ausencia de su padre, recaía sobre él la obligación de tocar el carrillón. Pero... ¿tendría fuerzas suficientes para mover la enorme campana de bronce?

Corriendo siempre sin detenerse, cruzó la plaza principal y llegó hasta la puerta que daba acceso directo a la torre de la iglesia. Sin dudar, tomó la gruesa cuerda que pendía desde lo alto y se colgó de ella, poniendo todo el peso de su cuerpo. Poco a poco, la campana iba moviéndose y después de varios intentos, por fin, empezó a emitir su grave y solemne sonido, resonando por toda la ciudad. Una vez dado el primer impulso, las badaladas se repitieron rápidamente, aler-

tando a la población: con la fuerza de la campana, Juanito se elevaba más de un metro del suelo, agarrado a la cuerda, convencido de la importancia de su misión.

En efecto, al escuchar la alarma establecida, los habitantes se apresuraron en escapar hacia la selva cercana, seguros de que la aldea no se salvaría del saqueo. Los hombres huían con sus pertenencias más valiosas, las mujeres llevaban a los niños, todos corrían asustados por el miedo y se tropezaban unos con otros por el camino. En pocos minutos las calles se quedaron completamente desiertas; y únicamente la gran campana de bronce continuaba sonando...

De pronto, la puerta del campanario se abrió violentamente y un hombre alto y robusto entró allí, seguido de otros muchos. Con mano férrea cogió al pequeño indio por el brazo e hizo que soltara la punta de la cuerda que aún agarraba.

— Rápido, niño —gritó—, enseñanos donde están escondidos los tesoros de este pueblo.

Juanito titubeó... ¡él no tenía tesoro alguno!

De repente sus enormes ojos oscuros brillaron y una sonrisa se esbozó en su rostro infantil...

— En mi casa está el más precioso de los tesoros. Vengan conmigo.

Sorprendidos e incrédulos, los corsarios se miraron entre sí; pero el jefe, dando ejemplo, acompañó al niño que ya se había adelantado y los precedía con paso ligero... Tras subir una colina donde se podía ver el mar desde una perspectiva privilegiada, llegaron a una humilde cabaña de madera y barro con tejado de paja. Siempre seguido de la inquietante tropa de piratas, el intrépido indígena entró y se puso a bus-



Edith Petriclerc

Mientras hablaba, les enseñó un rosario hecho de semillas y del que colgaba una cruz de madera...

car algo bajo la almohada de una cama, al fondo de la choza.

— ¡Aquí está!, —exclamó triunfante— lo he guardado muy bien como me lo recomendó el sacerdote cuando me lo entregó el día de mi bautismo. Me dijo que debía cuidarlo, porque es el más precioso de los tesoros.

Mientras hablaba, les enseñó un rosario hecho de semillas y del que colgaba una cruz de madera...

En las fisionomías de los piratas, no obstante, se dibujaba la decepción y la cólera contra ese niño que había actuado de esa manera, porque pensaban que el pequeño intentaba engañarles. Uno de ellos, al que le faltaba el ojo izquierdo, se abalanzó sobre el muchacho levantando amenazadoramente un puñal. Sin embargo, el jefe le detuvo y gritó:

— ¿Qué haces? No toques al chico. ¿No ves que está hablando con sinceridad y rectitud de corazón?

Recordaba las enseñanzas que había recibido en las clases de catecismo cuando era pequeño y todas las veces que había rezado el Ro-

sario con sus compañeros de la Primera Comunión. Una gracia estaba tocándole el corazón, invitándole a cambiar de vida...

Y volviéndose a Juanito, continuó con voz conmovida:

— Guarda tu precioso tesoro, niño. Gracias a tu inocencia esta aldea no será tocada por nosotros, ni siquiera con la punta de nuestras espadas. Y cuando desgranes tu rosario, elevando tus peticiones a Dios, acuérdate de lo que he hecho por ti y reza un Ave María por mí.

Esos “tigres de los mares” regresaron a sus barcos y, navegando ligeros al capricho del viento, desaparecieron en el horizonte.

Poco tiempo después volvió el párroco y el niño le contó todo lo que había pasado. Antonio hizo que sonara la campana nuevamente, pero ahora para que el pueblo regresase. Todos se reunieron en la iglesia para agradecerle a la Virgen María el haberlos salvado en esa emergencia, gracias a la inocencia y valentía de Juanito y su precioso tesoro: el santo Rosario. ✧

LOS SANTOS DE CADA DÍA

1. San Alfonso María de Liguorio, obispo y doctor de la Iglesia (†1787).

San Ethelwoldo, obispo (†984). Discípulo de San Dustán de Canterbury y obispo de Winchester, compuso la “Concordia Regular” para restablecer la observancia monástica en Inglaterra.

2. San Eusebio de Vercelli, obispo (†371).

San Pedro Julián Eymard, presbítero (†1868).

San Esteban I, Papa (†257). Para afirmar con claridad que la unión bautismal con Cristo ocurre sólo una vez, prohibió que los que quisieran volver a la plena comunión con la Iglesia recibiesen el sacramento por segunda vez.

3. San Eufronio, obispo (†475). Edificó en Autun, Francia, una basílica en honor del mártir San Sinforianiano y dotó de mayor decoro el sepulcro de San Martín de Tours.

4. XVIII Domingo del Tiempo Ordinario.

San Juan María Vianney, presbítero (†1859).

Beato Enrique José Krzysztofik, presbítero y mártir (†1942). Capuchino del convento de Lublin, Polonia, deportado al campo de concentración de Dachau, Alemania, donde murió.

5. Dedicación de la Basílica de Santa María la Mayor.

Santa Margarita de Cesolo, viuda (†cerca de 1395). Hija de campesinos de Cesolo, Italia. Tras la muerte de su marido, dedicó toda su vida al servicio de los pobres, a la oración y a la penitencia.

6. La Transfiguración del Señor.

Beato Octaviano, obispo (†1132). Monje benedictino, hermano del Papa Calixto II, electo obispo de Savona.

7. San Sixto II, Papa, y compañeros, mártires (†258).

San Cayetano de Thiene, presbítero (†1547).

Beato Edmundo Bojanowski, presbítero (†1871). Fundador de la Congregación de las Esclavas de la Inmaculada Concepción de la Madre de Dios, en Polonia.

8. Santo Domingo de Guzmán, presbítero (†1221).

Santa Bonifacia Rodríguez Castro, virgen (†1905). Fundó en Zamora, España, la Congregación de las Siervas de San José.

9. Santa Teresa Benedicta de la Cruz, virgen y mártir (†1942).

Santa Mariana Cope, virgen (†1918). Alemana de nacimiento, ingresó en la Tercera Orden de San Francisco, en Estados Unidos. Sucedió a San Damián de Veuster en el cuidado de los leprosos en la isla de Molokai, Hawái.

10. San Lorenzo, diácono y mártir (†258).

Beatos Claudio José Jouffret de Bonnefont, Francisco François y Lázaro Tiersot, presbíteros y mártires (†1794). Sacerdotes sulpiciano, franciscano y cartujo que murieron presos en una sórdida embarcación junto a Rochefort, durante la Revolución Francesa.

11. XIX Domingo del Tiempo Ordinario.

Santa Clara de Asís, virgen (†1253).

Beato Mauricio Tornay, presbítero y mártir (†1949). Nacido en Suiza, anunció el Evangelio en China y en el Tibet, donde fue asesinado en una emboscada.

12. Santa Juana Francisca de Chantal, religiosa (†1641).

Santos Jacobo Do Mai Nam, presbítero, **Antonio Pedro Nguyen Dich** y **Miguel Nguyen**, mártires (†1838). Sacerdote, campesino y médico decapitados en Nam Dinh, Vietnam, tras sufrir atroces suplicios.

13. Santos Ponciano, Papa, e Hipólito, presbítero, mártires (†cerca de 236).

San Juan Berchmans, religioso (†1621). Hermano jesuita fallecido en Roma, a los 22 años, después de una breve enfermedad.

14. San Maximiliano María Kolbe, presbítero y mártir (†1941).

Beata Isabel Renzi, virgen (†1859). Fundadora de las Pías Maestras de la Virgen Dolorosa.

15. Solemnidad de la Asunción de la Virgen María.

San Estanislao Kostka, religioso (†1568). Nacido en Polonia, huyó de casa enfrentando la oposición paterna a su vocación e ingresó en el noviciado de la Compañía de Jesús en Roma. Murió a los 18 años.

16. San Esteban de Hungría, rey (1038).

Santa Rosa Fan Hui, virgen y mártir (†1900). En la persecución de los bóxers, en China, sufrió numerosas torturas, siendo finalmente arrojada a un río, todavía con vida.

17. Santa Juana Delanoue, virgen (†1736). Fundó en Saumur, Fran-

cia, el Instituto de las Hermanas de Santa Ana de la Divina Providencia.

18. XX Domingo del Tiempo Ordinario.

Santa Elena, reina (†cerca de 329). Madre del emperador Constantino, se le atribuye el hallazgo de la auténtica cruz de Jesús.

19. San Juan Eudes, presbítero (†1680).

Beatos Luis Flores y Pedro de Zúñiga, presbíteros, y **compañeros**, mártires (†1622). Al desembarcar en el puerto de Nagasaki, Japón, fueron presos, torturados y martirizados junto con trece marineros japoneses.

20. San Bernardo de Claraval, abad y doctor de la Iglesia (†1153).

Santa María de Matías, virgen (†1866). Discípula de San Gaspar del Búfalo, fundó en Roma la congregación de las Hermanas de la Adoración de la Preciosísima Sangre del Señor.

21. San Pío X, Papa (†1914).

Beato Bruno Zembol, religioso y mártir (†1942). Franciscano polaco deportado al campo de concentración de Dachau, Alemania, donde murió.

22. Santa María Reina.

San Felipe Benizi, presbítero (†1285). Religioso servita, consideraba a Cristo crucificado su único libro.

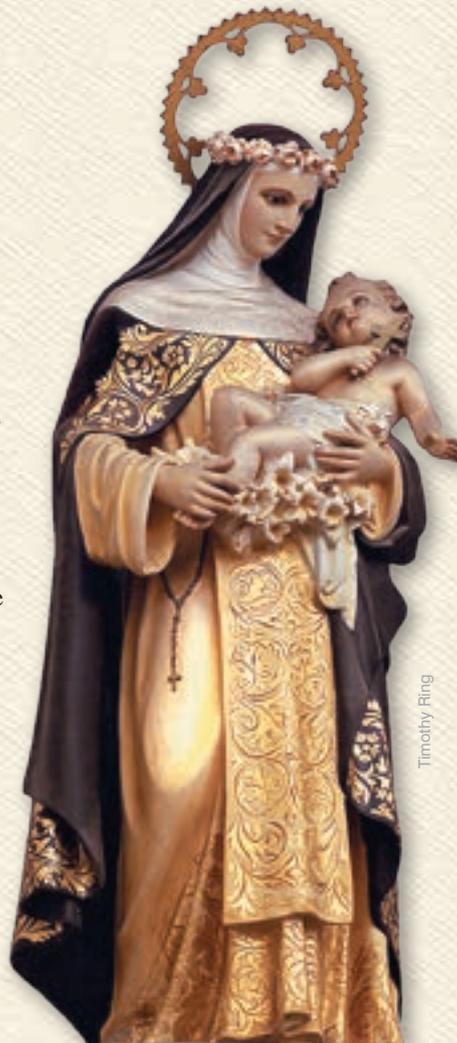
23. Santa Rosa de Lima, virgen (†1617).

Santos Claudio, Asterio y Neón, mártires (†303). Hermanos acusados por su madrastra de ser cristianos, fueron, según consta, decapitados en tiempo del emperador Diocleciano.

24. San Bartolomé, apóstol. De acuerdo con la tradición, murió decapitado en la India.

Beata María de la Encarnación Rosal, virgen (†1886). Hermana bethlemita nacida en Guatemala, fue reformadora de su Orden y fundadora de varios colegios en Guatemala, Costa Rica, Colombia y Ecuador, donde falleció.

25. XXI Domingo del Tiempo Ordinario.



“Santa Rosa de Lima”
Parroquia de Santa Beatriz, Lima (Perú)

San Luis, rey de Francia (†1270).

San José de Calasanz, presbítero (†1648).

San Gregorio de Utrecht, abad (†775). Discípulo de San Bonifacio, a quien acompañó en la evangelización de Hessen y de Turingia, Alemania, y fue por él designado abad del monasterio de San Martín y obispo de Utrecht.

26. Beata María de Jesús Crucificado Baouardy, virgen (†1878). Nacida en Galilea y educada en Francia, ingresó en las Carmelitas Descalzas y fundó los conventos de Mangalore, en India, y Belén, en Palestina.

27. Santa Mónica (†387).

San Amadeo, obispo (†1159). Abad del monasterio cisterciense de Hautecombe, Francia, nombrado obispo de Lausana, Suiza.

28. San Agustín, obispo y doctor de la Iglesia (†430).

Santa Florentina, virgen (†s. VII). Hermana de los Santos Leandro, Fulgencio e Isidoro de Sevilla.

29. Martirio de San Juan Batista.

Beato Edmundo Ignacio Rice, fundador (†1844). Fundó en Waterford, Irlanda, la Congregación de los Hermanos Cristianos y la de los Hermanos de la Presentación.

30. Beato Alfredo Ildelfonso Schuster, obispo (†1954). Monje benedictino, abad de San Paulo Extramuros, Roma, y más tarde Arzobispo de Milán.

31. Santos José de Arimatea y Nicodemo (†s. I). Recogieron el cuerpo de Jesús bajado de la cruz y lo pusieron en el sepulcro.

Timothy Ring

Un Padre que también es Rey

Así como Jesús se hizo tierno y pequeño, o majestuoso y compasivo, en su vida terrena, en el Santísimo Sacramento se manifiesta ora como Padre, ora como Rey.



Emelly Tainara Schnorr

“**S**imiendo y llorando en este valle de lágrimas...”. La oración de San Bernardo —la Salve— refleja bastante bien las dificultades que hemos de atravesar en esta vida, cual tormenta en alta mar, para llegar al puerto seguro del Cielo. A menudo, en mitad del recorrido nuestra pobre embarcación da muestras de estar a punto de naufragar, agitada por el oleaje de la tragedia y la aflicción. Y muchas veces somos llevados a pensar que estamos abandonados y sin rumbo.

Sin embargo, la misma divina mirada que observó a los Apóstoles durante tres años nos acompaña a cada paso, invitándonos a buscar refugio a su lado en las alegrías o reveses de la vida, tan cercana como con los Doce, en la sagrada convivencia de la Eucaristía. En el Santísimo Sacramento, Jesús está realmente presente y allí permanece día y noche a nuestra espera, ya sea en los magníficos sagrarios de las imponentes catedrales, ya en los recogidos tabernáculos de las sencillas iglesias o capillas. Y para encontrarnos con Él no es necesario pedirle cita...

En medio de nuestros quehaceres y preocupaciones, tal vez pasamos por delante de una iglesia y decidimos entrar. ¿Quién nos ha incitado a cruzar el umbral de la casa de Dios, sin temor a que sea inoportuna nuestra visita? Tal vez pensemos que ha sido por iniciativa propia. No obstante, fue el celestial Prisionero

del sagrario el que nos ha invitado a estar con Él unos instantes.

Nos arrodillamos ante el altar y nos sentimos objeto de una bondadosa y oculta mirada, o escuchados por oídos dispuestos a atendernos. Un benéfico silencio nos envuelve, cortado tan sólo por el crepitar del fuego de la lámpara que, continuamente encendida, indica la augusta presencia del que es la Luz del mundo. Incluso el chisporroteo del minúsculo pabito parece llevar al alma a oír la voz del Redentor, deseoso de entrar en contacto con nosotros y comunicarnos su gracia. Ante su presencia no nos debe atemorizar el abismo que existe entre su grandeza infinita y nuestras miserias, porque Él se hizo hombre como nosotros y nos espera para atender nuestra oración, siempre y cuando sea sincera.

Al salir de esa visita nos sentimos acariciados por Jesús Eucarístico, y con más fuerzas para seguir con el trabajo cotidiano. Si buscamos siempre este afectuoso estímulo, nunca nos desanimaremos ante los obstáculos que surgen en nuestro camino.

Pero ¡cuántos se olvidan de este Médico todopoderoso que cura las miserias pasadas, da vigor para enfrentar las luchas presentes y prepara para la vida futura en el Cielo! Por el contrario, se afanan buscando en las riquezas y los placeres materiales una vana solución a sus fatigas que dejan el alma vacía...

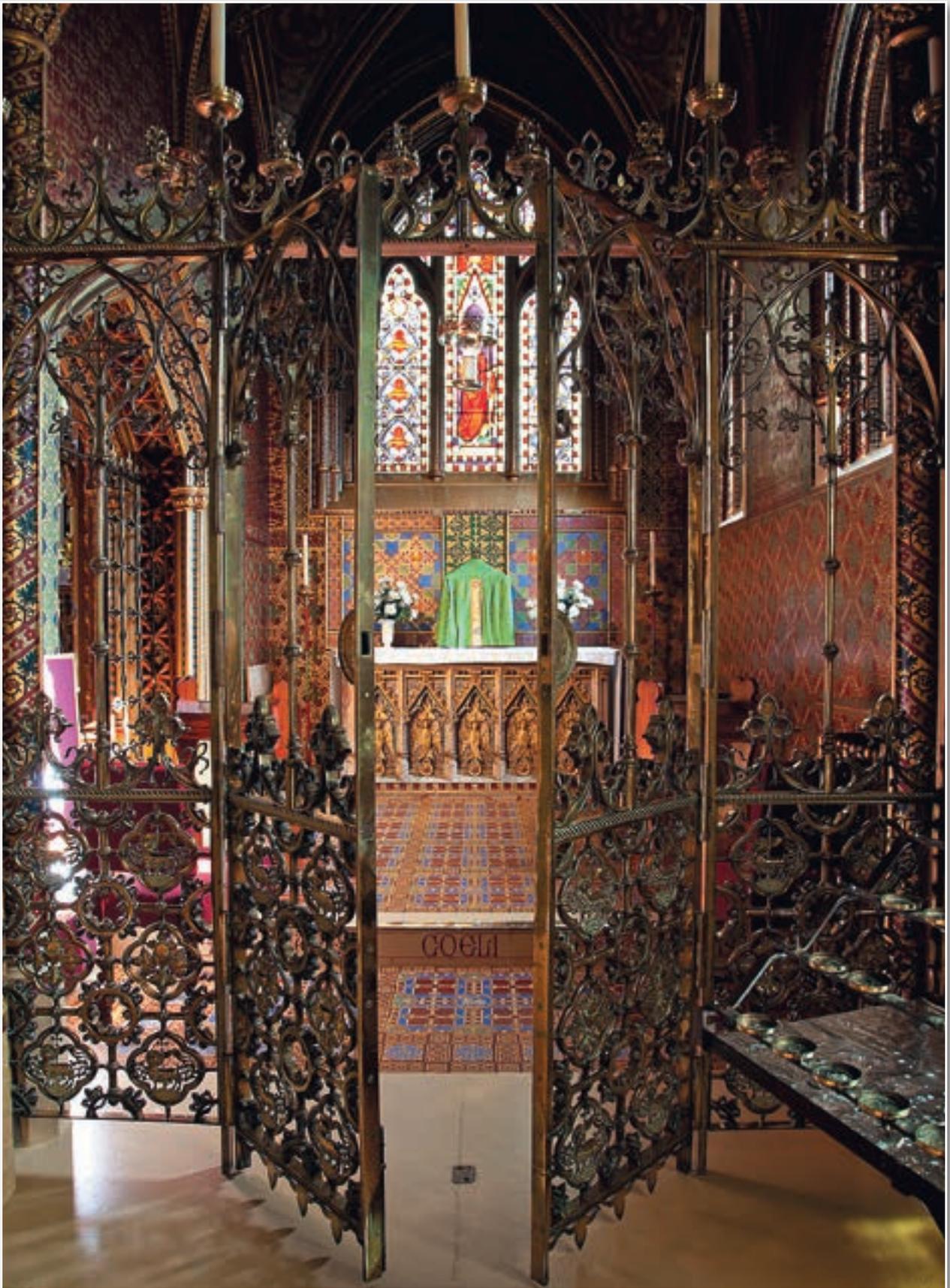
La Santa Iglesia, sin embargo, no se satisface sólo con adorar a Cristo

Hostia reservado en el sagrario, también ha creado la custodia. En ella Jesús parece estar revestido de esplendor, y el mismo ceremonial prescrito para la exposición del Santísimo recuerda que el Rey de los reyes está presente, el cual recibe entronizado en la custodia cristalina los homenajes de sus súbditos fieles y sobre ellos derrama sus abundantes dones.

Esta breve reflexión puede sugerirle al lector esta pregunta: ¿existe entonces una diferencia entre el contacto que tenemos con Jesús en el sagrario y el que disfrutamos cuando lo encontramos en la custodia? Estrictamente hablando, la respuesta es no, porque en ambas situaciones está su presencia real, en cuerpo, sangre, alma y divinidad.

Y al igual que durante su vida era el mismo Jesús quien, siendo un tierno niño, en un pobre pesebre, provocó miedo a Herodes y atrajo hacia sí a los reyes de Oriente, y después con insuperable majestad se compadecía de las miserias humanas —hasta el punto de tocar a los leprosos o devolverle la vista a los ciegos—, también en la Eucaristía se presenta con aspectos diferentes: “en el ostensorio es un Rey que también es Padre. En el sagrario de la capilla es un Padre que también es Rey. Y nuestra alma desea ora tal convivencia, ora tal otra”.¹ ✧

¹ CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. *Conferencia*. São Paulo, 29/9/1979.



Capilla del Santísimo Sacramento - Parroquia de Saint Giles, Cheadle (Inglaterra)

*¡C*ómo todos
los santos
permanecen en la
sombra, cuando
se contemplan las
claridades de la
Virgen! El secreto
que guardaba y
meditaba en su
corazón es inefable:
ninguna lengua ha
podido revelarlo,
ninguna pluma ha
podido traducirlo.

*Beata Isabel
de la Trinidad*

